



CARTAS DEL DIABLO A SU SOBRINO Clive Staples Lewis

ÍNDICE

CARTAS DEL DIABLO A SU SOBRINO Clive Staples Lewis

- I.** No razonamientos sino vulgarizaciones, no la ciencia sino la ‘normalidad’ de las cosas.
- II.** Ante el recién converso, espera la etapa de decepción por la que ha de pasar. Dios los deja libres y quiere que superen la aridez haciéndose menos dependientes de la emotividad. Procurar que no adquieran la auténtica humildad.
- III.** Tácticas a seguir con el paciente: 1º: centrado en su vida interior, no en sus obligaciones elementales; 2º: que rece por el problema espiritual de su madre, pero no por su reuma; 3º: averiguar lo irritante en la prolongada convivencia y que dé por supuesto que el otro es consciente de que me irrita; 4º: que se interprete lo que digo, pero interpretar al otro desde el tono.
- IV.** LA ORACIÓN: suscitar un ‘estado de ánimo’ vagamente devoto en el que no se dé una concentración de la voluntad y la inteligencia (confundirla con la oración de silencio). Desviar la mirada de Dios y dirigirla hacia ellos mismos: suscitar *sentimientos o sensaciones* (v.c. en vez de pedir perdón, sensación de sentirse perdonados). Que en la oración se dirija a lo que Él ha creado, no a la Persona que lo ha creado a él. Cuando confía en Su Presencia real, puede ocurrir cualquier cosa.
- V.** Minar la fe e impedir la formación de virtudes. Lo ‘nuestro’ es la mundanidad satisfecha. La guerra y las dificultades les llevan a atender a valores y causas más elevadas que su ‘ego’.
- VI.** Dirige su malicia a los vecinos y su benevolencia a los lejanos. Tres círculos: el más interior su voluntad (corazón), el siguiente la inteligencia, por último la imaginación: empujar las virtudes hacia fuera.
- VII.** Si los hombres no creen en nosotros, no podemos hacer brujos, pero sí materialistas y escépticos. Mitologizar la ciencia: la ‘Fuerza vital’, la adoración al sexo. Hacerlo un extremado patriota o un extremado pacifista: todos los extremos deben ser estimulados. Que la religión se convierta en meramente parte de la ‘Causa’: hacer del mundo un fin y de la fe un medio.
- VIII.** LA PRUEBA. Dios no puede tentar a la virtud, nosotros sí tentamos al vicio. Dios quiere que aprendan a andar.
- IX.** El placer sano un invento de Dios. Nosotros convencerles que se están en baja es definitivo. Si es depresivo convencerle que puede salir con sus propias fuerzas; si es esperanzado convencerlo de que no es tan baja su situación. Mantener su mente lejos de la simple antítesis entre lo Verdadero y lo Falso y quedarse en el ‘fue una fase’.

X. Importancia de los amigos ‘superficialmente intelectuales y brillantemente escépticos’. Que no se dé cuenta que este nuevo placer es una tentación. En los escritos cristianos modernos se habla mucho de Mammon y no se habla del Mundo, y a quien le da importancia es tratado de puritano. En su doble vida se le puede convencer que él es el hombre completo, y que cultivando esta nueva amistad les está haciendo bien.

XI. La risa está siempre de nuestra parte. Cuatro clases de risa. La ‘falta de humor’ como puritanismo [Mujer de Pórtugos: “¡Tiene cojones...!”] Hablar como si la virtud fuese algo cómico.

XII. LO DISTRACTIVO. No se debe permitir sospechar que está alejándose de Dios. Que no llegue a arrepentirse de un pecado concreto. Distraer con cualquier cosa.

XIII. [Ignacio y sus lecturas. Lo ‘distractivo’] ... “permitiste que leyera un libro del que realmente disfrutaba” e “ir ... a un paseo que le gusta”. Cinco minutos de dolor de muelas dan al traste de cualquier dolor romántico, y el placer real con la vanidad, la ironía, el tedio. Cuando Dios les dice que ‘pierdan su yo’ les devuelve toda su personalidad. Cuando sean completamente Suyos serán más plenamente ellos mismos. Si tiene inclinación, que escriba un libro sobre él, pero que no actúe. Mantener su piedad fuera de su voluntad: en su imaginación y sus afectos.

XIV. Regla 5ª Gaston Fessard . Y DE LA HUMILDAD A TODAS LAS VIRTUDES (EE 146) “ANDAR EN VERDAD”. “¡Caramba, estoy siendo humilde!” ... inmediatamente el orgullo aparecerá. Con la humildad quiere Dios apartar la atención del hombre de sí mismo y dirigirla hacia Él y hacia los vecinos. Dios quiere que el hombre esté contento de lo que ha hecho como si lo hubiese hecho otro.

XV. EL TIEMPO. Dios quiere que los hombres atiendan a la eternidad y al presente. En el presente, el tiempo coincide con la eternidad. Nuestra tarea alejarles de la eternidad y el presente para hacerles vivir el futuro (más que el pasado). El futuro, el corazón de la temporalidad: enciende la esperanza y el temor. Casi todos los vicios miran al futuro, la gratitud al pasado y el amor al presente. Dios quiere que miremos al futuro para planificar el presente: el deber está en el presente. Nosotros queremos un hombre atormentado por el futuro.

XVI. ROMANOS 14. Si no puedes evitar que vaya a la iglesia, que recorra toda la ciudad en busca de la que le va. La parroquia, unión de diferentes. De lo contrario se cae en el club, en la facción. Una iglesia ‘conveniente’ hace al hombre crítico, no discípulo. Dos ejemplos de párrocos: uno se ha dedicado a aguar la fe para hacerla más accesible; el otro un día es comunista y el otro fascista teocrático. Además ambas iglesias son de partido.

XVII. La gula por exquisitez, no por exceso. Servirnos del paladar para provocar quejumbrosidad, impaciencia, dureza y egocentrismo.

XVIII. LA SEXUALIDAD HUMANA. El ‘estar enamorados’ como la única base respetable del matrimonio. Si no se da, deja de ser vinculante. Para nosotros “ser” significa “ser compitiendo”. Para Dios, las cosas deben ser muchas, pero también, de algún modo, una: Amor. (Trinidad) (La familia: “serán una sola carne”. La fidelidad como algo inferior a una tempestad emocional.

XIX. ¿Qué pretende Dios con amar a los hombres? Dios se inventó el amor desinteresado. Cómo tentar: ascetismo altivo, una sexualidad deshumanizada, que el “Amor” es irresistible e intrínsecamente meritorio, adulterios ‘nobles’, románticos y trágicos, o un matrimonio útil. El *enamoramiento* una ocasión que tanto nosotros como Dios pretende explotar.

XX. CASTIDAD. Persuadirle que la castidad es poco sana. Si no puedes hacerlo licencioso puedes hacerlo que pretenda un matrimonio conveniente. La moda y permisividad de la sociedad. Orientar los deseos a algo que no existe.

XXI. Cuantas más exigencias a la vida puedas lograr que haga el paciente, más a menudo se sentirá ofendido: el mal humor. “Mi tiempo es mío”: hay que estimular el sentimiento de propiedad. ¡Que son propietarios de sus cuerpos! “Mis botas”, “mi Dios”.

XXII Dios en el fondo es un hedonista. ¿Qué hay detrás del amor desinteresado? El Cielo: música y silencio; el Infierno: ruido.

XXIII. JESÚS HISTÓRICO. Primero, según pautas liberales y humanitarias; ahora según pautas marxistas y revolucionarias: 1º) Todos esos jesuses históricos son ahistóricos; 2º) Tiene que ser ‘un gran hombre’; 3º) Destruir la vida devocional: te quedas con un líder aprobado por un partido y luego con un personaje destacado por un historiador; 4º) Nadie se ve arrastrado hacia Jesús por la mera biografía. Sólo un hecho (la Resurrección) y una doctrina (la Redención) actuando sobre el sentimiento del pecado. Cristianismo y política: hacer del cristianismo un medio para la justicia social. Pero Dios no se deja usar como instrumento.

XXIV. El Orgullo espiritual: “¡Qué distintos somos los cristianos!”, mi ‘grupo’. Que adopte un aire de *diversión* ante las cosas que dicen los no creyentes. Lo que importa es hacer del cristianismo una religión misteriosa en la que se sienta una de los iniciados.

XXV. Es un inconveniente que tu paciente sea *meramente* cristiano. Conviene otro planteamiento: “el cristianismo y... la Crisis, ... la Nueva Psicología. Horror a Lo Mismo de Siempre. Experimentar el cambio es siempre agradable: la absoluta novedad. Esta exigencia reduce el placer mientras aumenta el deseo (Arte, modas: distraer de los verdaderos peligros (en épocas libertinas ir contra el puritanismo). Elevar el amor al cambio, a una filosofía: carácter evolucionista e histórico del pensamiento moderno. A Dios le encantan los tópicos, que los hombres se hagan preguntas muy simples (¿es justo?, ¿es posible?). Nosotros preguntas irrelevantes porque no conocen el futuro. Hemos sustituido lo “inalterado” (descriptivo) por lo “estancado” (emocional).

XXVI. ¿Traducción?

XXVII. Cualquier cosa (incluso el pecado) que acerque a Dios nos perjudica. En Dios no hay futuro sino un Ahora ilimitado: contemplar a un hombre haciendo algo no es obligarle a hacerlo. Para que los eruditos no adquieran sabiduría, inculcarles el Punto de Vista Histórico. Ante un texto antiguo que nunca se plantee si es verdad sino quién influyó en él... cómo influyó en otros... Considerarlo como una posible fuente de conocimiento, se rechazaría como ingenuo.

XXVIII. PROSPERIDAD – MUNDO. La rutina de la adversidad, la gradual decadencia de los amores juveniles proporciona oportunidades para desgastarlo por agotamiento. Pero la prosperidad une al hombre al Mundo... 'Se siente a gusto en la Tierra. Convencer a los jóvenes que la Tierra puede convertirse en Cielo en el futuro por la Política y la Ciencia.

XXIX. Para que un hombre sea malo necesita alguna virtud, pero no hemos descubierto cómo producir ninguna virtud. En la situación de guerra coordinar el odio con el miedo. Cuanto más miedo tenga más odiará. Inculcar la cobardía provoca conocimiento de sí mismo > humildad > moral. En la paz podemos hacer que ignoren el bien y el mal. El valor, la forma de todas las virtudes en su punto de prueba, es decir, de máxima realidad. El acto de cobardía es lo que importa.

TEXTO-RESUMEN

I. No razonamientos sino vulgarizaciones, no la ciencia sino la 'normalidad' de las cosas.

Tomo nota de lo que dices acerca de orientar las lecturas de tu paciente y de ocuparte de que vea muy a menudo a su amigo materialista, pero ¿no estarás pecando de ingenuo? Parece como si creyese que los *razonamientos* son el mejor medio para librarle de las garras del Enemigo. Si hubiese vivido hace unos (pocos) siglos, es posible que sí; en aquella época... Pero ahora, con las revistas semanales y otras armas semejantes, hemos cambiado mucho todo eso. Tu hombre se ha acostumbrado desde que era un muchacho, a tener dentro de su cabeza, bailoteando juntas, una docena de filosofías incompatibles. Ahora no piensa, ante todo, si las doctrinas son 'ciertas' o 'falsas', sino 'académicas' o 'prácticas', 'superadas' o 'actuales', 'convencionales' o 'implacables'. La jerga, no la argumentación, es tu mejor aliado en la labor de mantenerle apartado de la Iglesia. ¡No pierdas el tiempo tratando de hacerle creer que el materialismo es la *verdad*! Hazle pensar que es poderoso, o sobrio, o valiente; que es la filosofía del futuro. Eso es lo que le importa.

La pega de los razonamientos consiste en que trasladan la lucha al campo propio del Enemigo: también Él puede argumentar, mientras que, en el tipo de propaganda realmente práctica que te sugiero, ha demostrado durante siglos estar muy por debajo de Nuestro Padre de las Profundidades. El mero hecho de razonar despeja la mente del paciente y, una vez despierta su razón, ¿quién puede prever el resultado? Incluso si una determinada línea de pensamiento se puede retorcer hasta que acabe por favorecernos, te encontrarás con que has estado reforzando en tu paciente la funesta costumbre de ocuparse de cuestiones generales y de dejar de atender exclusivamente al flujo de sus experiencias sensoriales inmediatas. Tu trabajo consiste en fijar su atención en este flujo. Enséñale a llamarlo 'vida real', y no le dejes preguntarse qué entiende por 'real'.

Recuerda que no es, como tú, un espíritu puro. Al no haber sido nunca un ser humano (¡oh, esa abominable ventaja del Enemigo!), no te puedes hacer idea hasta qué punto son esclavos de lo ordinario. Tuve una vez un paciente, ateo convencido, que solía leer en la Biblioteca del Museo Británico. Un día, mientras estaba leyendo, vi que sus pensamientos empezaban a tomar el mal camino. El Enemigo estuvo a su lado al instante, por supuesto, y antes de saber a ciencia cierta dónde estaba, vi que mi labor de veinte años empezaba a tambalearse. Si llego a perder la cabeza, y empiezo a tratar de defenderme con razonamientos, hubiese estado perdido, pero no fui tan necio. Dirigí mi ataque, inmediatamente, aquella parte del hombre que había llegado a controlar mejor, y le sugerí que ya era hora de comer. Presumiblemente - ¿sabes que nunca se puede oír *exactamente* lo que les dice-, el Enemigo contraatacó diciendo que aquello era mucho más importante que la comida; por lo menos, creo que ésa debía ser la

línea de Su argumentación, porque cuando yo dije: ‘Exacto: de hecho, *demasiado* importante como para abordarlo a última hora de la mañana’, la cara del paciente se iluminó perceptiblemente, y cuando pude agregar: ‘Mucho mejor volver después del almuerzo, y estudiarlo a fondo, con la mente despejada’, iba ya camino de la puerta. Una vez en la calle, la batalla estaba ganada: le hice ver un vendedor de periódicos que anunciaba la edición del mediodía, y un autobús número 73 que pasaba por allí, y antes de que hubiese llegado al pie de la escalinata, ya le había inculcado la convicción indestructible de que, a pesar de cualquier idea rara que pudiera pasársele por la cabeza a un hombre encerrado a solas con sus libros, una sana dosis de ‘vida real’ (con lo que se referiría al autobús y al vendedor de periódicos) era suficiente para demostrar que ‘ese tipo de cosas’ no pueden ser verdad. Sabía que se había salvado por los pelos, y años después solía hablar de ‘ese confuso sentido de la realidad que es la última protección contra las aberraciones de la mera lógica’. Ahora está a salvo, en la casa de Nuestro Padre.

¿Empiezas a coger la idea? Gracias a ciertos procesos que pusimos en marcha en su interior hace siglos, les resulta totalmente imposible creer en lo extraordinario mientras tienen algo conocido a la vista. No dejes de insistir acerca de la *normalidad* de las cosas. Sobre todo, no intentes utilizar la ciencia (quiero decir, las ciencias de verdad) como defensa contra el Cristianismo, porque, con toda seguridad, le incitarán a pensar en realidades que no puede tocar ni ver. Se han dado casos lamentables entre los físicos modernos. Y si ha de jugar con las ciencias que se limite a la economía y la sociología; no le dejes alejarse de la invaluable ‘vida real’. Pero lo mejor es no dejarle leer libros científicos, sino darle la sensación general de que sabe todo, y que todo lo que haya pescado, en conversaciones o lecturas es ‘el resultado de las últimas investigaciones’. Acuérdate de que estás ahí para embarullarle; por cómo habláis algunos demonios jóvenes, cualquiera creería que nuestro trabajo consiste en *enseñar*.

II. Ante el recién converso, espera la etapa de decepción por la que ha de pasar. Dios los deja libres y quiere que superen la aridez haciéndose menos dependientes de la emotividad. Procurar que no adquieran la auténtica humildad.

Voy con verdadero disgusto que tu paciente se ha hecho cristiano. No te permitas la vana esperanza de que vas a conseguir librarte del castigo acostumbrado; de hecho, confío en que, en tus mejores momentos, ni siquiera querrías eludirlo. Mientras tanto, tenemos que hacer lo que podamos, en vista de la situación. No hay que desesperar: cientos de esos conversos adultos, tras una breve temporada en el campo del Enemigo, han sido reclamados y están ahora con nosotros. Todos los hábitos del paciente, tanto mentales como corporales, están todavía de nuestra parte.

En la actualidad, la misma Iglesia es uno de nuestros grandes aliados. No me interpretes mal; no me refiero a la Iglesia de raíces eternas, que vemos extenderse en el tiempo y en el espacio, temible como un ejército con las banderas desplegadas y ondeando al viento. Confieso que es un espectáculo que llena de inquietud incluso a nuestros más audaces tentadores; pero, por fortuna, se trata de un espectáculo completamente invisible para esos humanos; todo lo que puede ver tu paciente es el edificio a medio construir, en estilo gótico de imitación, que se erige en el nuevo solar. Y cuando penetra en la iglesia, ve al tendero de la esquina que, con una expresión un tanto zalamera, se abalanza hacia él, para ofrecerle un librito, gastado por el uso, con versiones corrompidas de viejas canciones religiosas –por lo general malas–, en un tipo de imprenta diminuto; al llegar a su banco; al llegar a su banco, mira en torno suyo y ve precisamente a aquellos vecinos que, hasta entonces, había procurado evitar. Te trae cuenta poner énfasis en estos vecinos, haciendo, por ejemplo, que el pensamiento de tu paciente pase

rápidamente de expresiones como ‘el cuerpo de Cristo’ a las caras de los que tiene sentados en el banco de al lado. Importa muy poco, por supuesto, la clase de personas que realmente haya en el banco. Puede que haya alguien en quien reconozcas a un gran militante el bando del Enemigo; no importa, porque tu paciente, gracias a Nuestro Padre de las Profundidades, es un insensato, y con tal de que alguno de esos vecinos desafíe al cantar, o lleve botas que crujan, o tenga papada, o vista de modo extravagante, el paciente creará con facilidad que, por tanto, su religión tiene que ser, en algún sentido, ridícula. En la etapa que actualmente atraviesa, tiene una idea de los ‘cristianos’ que considera muy espiritual, pero que, en realidad, es predominantemente gráfica: tiene la cabeza llena de togas, sandalias, armaduras y piernas descubiertas, y hasta el simple hecho de que las personas que hay en la iglesia lleven ropa moderna supone, para él, un auténtico (aunque inconsciente, claro está) problema. Nunca permitas que esto aflore a la superficie de su conciencia; no le permitas que llegue a preguntarse cómo esperaba que fuese. Por ahora, mantén sus ideas vagas y confusas, y tendrás toda la eternidad para divertirte, provocando en él esa peculiar especie de lucidez que proporciona el Infierno.

Trabaja a fondo, pues, durante la etapa de decepción o anticlímax que, con toda seguridad, ha de atravesar el paciente durante sus primeras semanas como hombre religioso. El Enemigo deja que esta desilusión se produzca al comienzo de todos los esfuerzos humanos: ocurre cuando el muchacho que se deleitó en la escuela primaria con la lectura de las *Historias de la Odisea*, se pone a aprender griego en serio; cuando los enamorados ya se han casado y acometen la empresa efectiva de aprender a vivir juntos. En cada actividad de la vida, esta decepción marca el paso de algo con lo que se sueña y a lo que se aspira, a un laborioso quehacer. El Enemigo acepta este riesgo porque tiene la curiosa ilusión de hacer de esos asquerosos gusanillos humanos lo que Él llama Sus ‘libres’ amantes y siervos (‘hijos’ es la palabra que Él emplea, en Su incorregible afán de degradar el mundo espiritual entero a través de relaciones ‘contra natura’ con los animales bípedos). Al desear su libertad, el Enemigo renuncia, consecuentemente, a la posibilidad de guiarles, por medio de sus aficiones y costumbres propias, a cualquiera de los objetivos que Él les propone: les deja que lo hagan ‘por sí solos’.

Ahí está nuestra oportunidad; pero también, tenlo presente, nuestro peligro: una vez que superan con éxito esta aridez inicial, los humanos se hacen menos dependientes de las emociones y, en consecuencia, resulta mucho más difícil tentarles.

Cuanto te he escrito hasta ahora se basa en la suposición de que las personas de los bancos vecinos no den motivos *racionales* para que el paciente se sienta decepcionado. Por supuesto, si los dan -si el paciente sabe que la mujer del sombrero ridículo es una jugadora empedernida de *bridge*, o que el hombre de las botas rechinantes es un avaro y un chantajista-, tu trabajo resultará mucho más fácil. En tal caso, te basta con evitar que se le pase por la cabeza la pregunta: ‘Si yo, siendo como soy, me puedo considerar un cristiano, ¿por qué los diferentes vicios de los vecinos que ocupan el banco vecino habrían de probar que su religión es pura hipocresía y puro formalismo?’. Te preguntarás si es posible evitar que incluso una mente humana se haga una reflexión tan evidente. Pues lo es... Manéjale adecuadamente, y tal idea ni se le pasará por la cabeza. Todavía no lleva el tiempo suficiente con el Enemigo como para haber adquirido la más mínima humildad auténtica: todo cuanto diga, hasta si lo dice arrodillado, acerca de su propia pecaminosidad, no es más que repetir palabras como un loro; en el fondo, todavía piensa que ha logrado un gran saldo muy favorable en el libro mayor del Enemigo, sólo por haberse dejado convertir, y que, además, está dando prueba de una gran humildad y de magnanimidad al consentir en ir a la iglesia con unos vecinos tan engreídos y vulgares. Mánenle en ese estado de ánimo tanto tiempo como puedas.

III. Tácticas a seguir con el paciente: 1º: centrado en su vida interior, no en sus obligaciones elementales; 2º: que rece por el problema espiritual de su madre, pero no por su reuma; 3º: averiguar lo irritante en la prolongada convivencia y que dé por supuesto que el otro es consciente de que me irrita; 4º: que se interprete lo que digo, pero interpretar al otro desde el tono.

Me complace mucho todo lo que me cuentas acerca de las relaciones de este hombre con su madre. Pero has de aprovechar tu ventaja. El Enemigo debe estar trabajando desde el centro hacia el exterior, haciendo cada vez mayor la parte de la conducta del paciente que se rige por sus nuevos criterios cristianos, y puede llegar a su comportamiento para con su madre en cualquier momento. Tienes que adelantártele. Mantente en estrecho contacto con nuestro colega Gluboso, que se ocupa de la madre, y construido entre los dos, en esa casa, una costumbre sólidamente establecida y consistente en que se fastidien mutuamente, pinchándose todos los días. Para ello, los siguientes métodos son de utilidad:

1. Mantén su atención centrada en 'la vida interior'. Cree que su conversión es algo que está *dentro* de él, y su atención está, por tanto, volcada, de momento, sobre todo hacia sus propios estados de ánimo, o, más bien, a esa versión edulcorada de dichos estados que es cuanto debes permitirle ver. Fomenta esta actitud, mantén su pensamiento lejos de las obligaciones más elementales, dirigiéndolo hacia las más elevadas y espirituales; acentúa la más sutil de las características humanas, el horror a lo obvio y su tendencia a descuidarlo: debes conducirle a un estado en el que pueda practicar el autoanálisis durante una hora, sin descubrir ninguno de aquellos rasgos suyos que son evidentes para cualquiera que haya vivido alguna vez en la misma casa, o haya trabajado en la misma oficina.

2. Por supuesto, es imposible impedir que rece por su madre, pero disponemos de medios para hacer inocuas estas oraciones: asegúrate de que sean siempre muy 'espirituales', de que siempre se preocupe por el estado de su alma y nunca por su reuma. De ahí se derivarán dos ventajas. En primer lugar, su atención se mantendrá fija en lo que él considera pecados de su madre, lo cual, con un poco de ayuda por tu parte, puede conseguirse que haga referencia a cualquier acto de su madre que a tu paciente le resulte inconveniente o irritante. De este modo, puedes seguir restregándolas heridas del día, para que escuezan más, incluso cuando está postrado de rodillas; la operación no es nada difícil, y te resultará muy divertida. En segundo lugar, ya que sus ideas acerca del alma de su madre han de ser muy rudimentarias, y con frecuencia equivocadas, rezará, en cierto sentido, por una persona imaginaria, y tu misión consistirá en hacer que esa persona imaginaria se parezca cada día menos a la madre real, a la señora de legua puntiaguda con quien desayuna. Con el tiempo, puedes hacer la separación tan grande que ningún pensamiento o sentimiento de sus oraciones por la madre imaginaria podrá influir en su tratamiento de la auténtica. He tenido pacientes tan bien controlados que en un instante, podía hacerles pasar de pedir apasionadamente por el 'alma' de su esposa o de su hijo a pegar o insultar a la esposa o al hijo de verdad, si el menor escrúpulo.

3. Es frecuente que, cuando dos seres humanos han convivido durante muchos años, cada uno tenga tonos de voz o gestos que al otro le resulten insufriblemente irritantes. Explota eso: haz que tu paciente sea muy consciente de esa forma particular de levantar las cejas que tiene su madre, que aprendió a detestar desde la infancia, y déjale que piense mucho que le desagrada. Déjale suponer que ella sabe lo molesto que resulta ese gesto, y que lo hace para fastidiarle. Si sabes hacer tu trabajo, no se percatará de la inmensa inverosimilitud de tal suposición. Por supuesto, nunca le dejes sospechar que también tiene él tonos de voz y miradas que molestan a su madre de forma semejante. Como no puede verse, ni oírse, esto se consigue con facilidad.

4. En la vida civilizada, el odio familiar suele expresarse diciendo cosas que, sobre el papel, parecen totalmente inofensivas (las *palabras* no son ofensivas), pero en un tono de voz o en un momento en que resultan poco menos que una bofetada. Para mantener vivo este juego, tú

y Gluboso debéis cuidaros de que cada uno de ellos tenga algo así como un doble patrón de conducta. Tu paciente debe exigir que todo cuanto dice se tome en sentido literal, y que se juzgue simplemente por las palabras exactas, al mismo tiempo que juzga cuanto dice su madre tras la más minuciosa e hipersensible interpretación del tono, del contexto y de la intención que él sospecha. Y a ella hay que animarla a que haga lo mismo con él. De este modo, ambos pueden salir convencidos, o casi, después de cada discusión, de que son totalmente inocentes. Ya sabes cómo son estas cosas: ‘Lo único que hago es preguntarle a qué hora estará lista la cena, y se pone hecha una fiera.’ Una vez que este hábito esté arraigado en la casa, tendrás la deliciosa situación de un ser humano que dice ciertas cosas con el expreso propósito de ofender, y, sin embargo, se queja de que se ofendan.

Para terminar, cuéntame algo acerca de la actitud religiosa de la vieja señora. ¿Tiene celos, o algo parecido, de este nuevo ingrediente de la vida de su hijo? ¿Se siente quizá ‘picada’ de que haya aprendido de otros, y tan tarde, lo que ella considera que le dio buena ocasión de aprender de niño? ¿Piensa que está ‘haciendo una montaña’ de ello, o por el contrario, que se lo toma demasiado a la ligera? Acuérdate del hermano mayor de la historia del Enemigo.

IV. LA ORACIÓN: suscitar un ‘estado de ánimo’ vagamente devoto en el que no se dé una concentración de la voluntad y la inteligencia (confundirla con la oración de silencio). Desviar la mirada de Dios y dirigirla hacia ellos mismos: suscitar *sentimientos o sensaciones* (v.c. en vez de pedir perdón, sensación de sentirse perdonados). Que en la oración se dirija a lo que Él ha creado, no a la Persona que lo ha creado a él. Cuando confía en Su Presencia real, puede ocurrir cualquier cosa.

Las inexpertas sugerencias que haces en la última carta me indican que ya es hora de que te escriba detalladamente acerca del penoso tema de oración. Te podías haber ahorrado el comentario de que mi consejo referente a las oraciones de tu paciente por su madre ‘tuvo resultados particularmente desdichados’. Ése no es el género de cosas que un sobrino debiera escribirle a su tío..., ni un tentador subalterno al subsecretario de un Departamento. Revela, además, desagradable afán de eludir responsabilidades; debes, aprender a pagar tus propias meteduras de pata.

Lo mejor, cuando es posible, es alejar totalmente al paciente, como tu hombre, es un adulto recién convertido al partido del Enemigo, la mejor forma de lograrlo consiste en incitarle a recordar –o a creer que recuerda– lo parecidas a la forma de repetir las cosas de los loros que eran sus plegarias infantiles. Por reacción contra esto, se le puede convencer de que aspire a algo enteramente espontáneo, interior, informal, y no codificado; y esto supondrá, de hecho, para un principiante, un gran esfuerzo destinado a suscitar en sí mismo un *estado de ánimo* vagamente devoto, en el que no podrá producirse una verdadera concentración de la voluntad y de la inteligencia. Uno de sus poetas, Coleridge, escribió que él no rezaba ‘moviendo los labios y arrodillado’, sino que, simplemente, ‘se ponía en situación de amar’ y se entregaba a ‘un sentimiento implorante’. Ésa es, exactamente, la clase de oraciones que nos conviene, y, como tiene cierto parecido superficial con la oración del silencio que practican los que están muy adelantados en el servicio del Enemigo, podemos engañar durante bastante tiempo a los pacientes listos y perezosos. Por lo menos, se les puede convencer de que la posición corporal es irrelevante para rezar, ya que olvidan continuamente –y tú debes recordarlo siempre– que son animales y que lo que hagan sus cuerpos influye en sus almas. Es curioso que los mortales nos pinten siempre dándoles ideas, cuando, en realidad, nuestro trabajo más eficaz consiste en evitar que se les ocurran cosas.

Si esto falla, debes recurrir a una forma más sutil de desviar sus intenciones. Mientras estén pendientes del Enemigo, estamos vencidos, pero hay formas de evitar que se ocupen de Él. La

más sencilla consiste en desviar su mirada de Él hacia ellos mismos. Haz que se dediquen a contemplar sus propias mentes y que traten de suscitar en ellas, por obra de su propia voluntad, *sentimientos* o *sensaciones*. Cuando se propongan solicitar caridad del Enemigo, haz que, en vez de eso empiecen a tratar de suscitar sentimientos caritativos hacia ellos mismos, y que no se den cuenta de que es eso lo que están haciendo. Si se proponen pedir valor, déjales que, en realidad, traten de sentirse valerosos. Cuando pretenden rezar para pedir perdón, déjales que traten de sentirse perdonados. Enséñales a medir el valor de cada oración por su eficacia para provocar el sentimiento deseado, y no dejes que lleguen a sospechar hasta qué punto esa clase de éxitos o fracasos depende de que estén sanos o enfermos, frescos o cansados, en ese momento.

Pero, claro está, el Enemigo no permanecerá ocioso entretanto: siempre que alguien reza, existe el peligro de que Él actúe inmediatamente, pues se muestra cínicamente indiferente hacia la dignidad de Su posición y la nuestra, en tanto que espíritus puros, y permite, de un modo realmente impúdico, que los animales humanos arrodillados lleguen a conocerse a sí mismos. Pero, incluso se Él vence su primera tentativa de desviación, todavía contamos con un arma más sutil. Los humanos no parten de una percepción directa del Enemigo como la que nosotros, desdichadamente, no podemos evitar. Nunca han experimentado esa horrible luminosidad, ese brillo abrasador e hiriente que constituye el fondo de sufrimiento permanente de nuestras vidas. Si contemplas la mente de tu paciente mientras reza, no verás *eso*; si examinas el objeto al que dirige su atención, descubrirás que se trata de un objeto compuesto y que muchos de sus ingredientes son francamente ridículos: imágenes procedentes de retratos del Enemigo tal como se apareció durante el deshonroso episodio conocido como la Encarnación; otras, más vagas, y puede que notablemente disparatadas y pueriles, asociadas a Sus otras dos Personas; puede haber, incluso, elementos de aquello que el paciente adora (y de las sensaciones físicas que lo acompañan), objetivados y atribuidos al objeto reverenciado. Sé de algún caso en el que aquello que el paciente llama ‘Dios’ estaba *localizado*, en realidad..., arriba y a la izquierda, en un rincón del techo de su dormitorio, o en su cabeza, o en un crucifijo colgado de la pared. Pero, cualquiera que sea la naturaleza del objeto compuesto, debes hacer que el paciente siga dirigiendo a *éste* sus oraciones: a aquello que él ha creado, no a la Persona que le ha creado a él. Puedes animarle, incluso, a darle mucha importancia a la corrección y al perfeccionamiento de su objeto compuesto, y a tenerlo presente en su imaginación durante toda la oración, porque si llega a hacer la distinción, si alguna vez dirige sus oraciones conscientemente ‘no a lo que yo creo que Sois, sino a lo que Sabéis que Sois, nuestra situación será, por el momento, desesperada. Una vez descartados todos sus pensamientos e imágenes, o, si los conserva, conservados reconociendo plenamente su naturaleza puramente subjetiva, cuando el hombre se confía a la Presencia real, externa e invisible que está con él allí, en la habitación, y que no puede conocer como Ella le conoce a él... bueno, entonces puede suceder cualquier cosa. Te será de ayuda, para evitar esta situación –esta verdadera desnudez del alma en la oración–, el hecho de que los humanos no la desean tanto como suponen: ¡se pueden encontrar con más de lo que pedían!

V. Minar la fe e impedir la formación de virtudes. Lo ‘nuestro’ es la mundanidad satisfecha. La guerra y las dificultades les llevan a atender a valores y causas más elevadas que su ‘ego’.

Es un poquito decepcionante esperar un informe detallado de tu trabajo y recibir, en cambio, una tan vaga rapsodia como tu última carta. Dices que estás ‘delirante de alegría’ porque los humanos europeos han empezado otra de sus guerras. Veo muy bien lo que te ha sucedido. No estás delirante, estás sólo borracho. Leyendo entre las líneas de tu desequilibrado relato de la noche de insomnio de tu paciente, puedo reconstruir tu estado de ánimo con bastante

exactitud. Por primera vez en tu carrera has probado ese vino que es la recompensa de todos nuestros esfuerzos -la angustia y el desconcierto de un alma humana-, y se te ha subido a la cabeza. Apenas puedo reprochártelo. No puedo encontrar cabezas viejas sobre hombros jóvenes. ¿Respondió el paciente a alguna de tus terroríficas visiones del futuro? ¿Le hiciste echar unas cuantas miradas autocompasivas al feliz pasado? ¿Tuvo algunos buenos escalofríos en la boca del estómago? Tocaste bien el violín, ¿no? Bien, bien, todo eso es muy natural. Pero recuerda, Orugario, que el deber debe anteponerse al placer. Si cualquier indulgencia presente para contigo mismo conduce a la pérdida final de la presa, te quedarás eternamente sediento de esa bebida de la que tanto estás disfrutando ahora tu primer sorbo. Si, por el contrario, mediante una aplicación constante y serena, aquí y ahora, logras finalmente hacerte con su alma, entonces será tuyo para siempre: un cáliz viviente y lleno hasta el borde de desesperación, horror y asombro, al que puedes llevar los labios tan a menudo como te plazca. Así que no permitas que ninguna excitación temporal te distraiga del verdadero asunto de minar la fe e impedir la formación de virtudes. Dame, sin falta, en tu próxima carta, una relación completa de las reacciones de tu paciente ante la guerra, para que podamos estudiar si es más probable que hagas más bien haciendo de él un patriota extremado o un ardiente pacifista. Hay todo tipo de posibilidades. Mientras tanto, debo advertirte que no esperes demasiado de una guerra.

Por supuesto, una guerra es entretenida. El temor y los sufrimientos inmediatos de los humanos son un legítimo y agradable refresco para nuestras miradas de afanosos trabajadores. Pero ¿qué beneficio permanente nos reporta, si no hacemos uso de ello para traerle almas a Nuestro Padre de las Profundidades? Cuando veo el sufrimiento temporal de los humanos que al final se nos escapan, me siento como si me hubiese permitido probar el primer plato de un espléndido banquete y luego se me hubiese denegado el resto. Es peor que no haberlo probado. El Enemigo, fiel a Sus bárbaros métodos de combate, nos permite contemplar la breve desdicha de Sus Favoritos sólo para tantalizarnos y atormentarnos... para mofarse del hambre insaciable que, durante la fase actual del gran conflicto, Su bloqueo nos está imponiendo. Pensemos, pues, más bien cómo usar que cómo disfrutar esta guerra europea. Porque tiene ciertas tendencias inherentes que, por sí mismas, no nos son nada favorables. Podemos esperar una buena cantidad de crueldad y falta de castidad. Pero, si no tenemos cuidado, veremos a millares volviéndose, en su tribulación, hacia el Enemigo, mientras decenas de miles que no llegan a tanto ven su atención, sin embargo, desviada de sí mismos hacia valores y causas que creen más elevadas que su 'ego'. Sé que el Enemigo, desapruueba muchas de esas causas. Pero ahí es donde es tan injusto. A veces premia a humanos que han dado su vida por causas que Él encuentra malas, con la excusa monstruosamente sofista de que los humanos creían que eran buenas y estaban haciendo lo que creían mejor. Piensa también qué muertes tan indeseables se producen en tiempos de guerra... ¡Cuánto mejor para nosotros si *todos* los humanos muriesen en costosos sanatorios, entre doctores que mienten, enfermeras que mienten, amigos que mienten, tal y como les hemos enseñado, prometiendo vida a los agonizantes, estimulando la creencia de que la enfermedad excusa toda indulgencia e incluso, si los trabajadores saben hacer su tarea, omitiendo toda alusión a un sacerdote, no sea que revelase al enfermo su verdadero estado! Y cuán desastroso es para nosotros el continuo acordarse de la muerte a que obliga la guerra. Una de nuestras mejores armas, la mundanidad satisfecha, queda inutilizada. En tiempo de guerra, ni siquiera un humano puede creer que va a vivir para siempre.

Sé que Escarábol y otros han visto en las guerras una gran ocasión para atacar a la fe, pero creo que este punto de vista es exagerado. A los partidarios humanos del Enemigo, Él mismo les ha dicho claramente que el sufrimiento es una parte esencial de lo que Él llama Redención; así que una fe que es destruida por una guerra o una peste no puede haber sido realmente merecedora del esfuerzo de destruirla. Estoy hablando ahora del sufrimiento difuso a lo largo

de un periodo prolongado como el que la guerra producirá. Por supuesto, en el preciso momento de terror, aflicción o dolor físico, puedes coger a tu hombre cuando su razón está temporalmente suspendida. Pero incluso entonces, si pide ayuda al cuartel general del Enemigo, he descubierto que el puesto está casi siempre defendido.

VI. Dirige su malicia a los vecinos y su benevolencia a los lejanos. Tres círculos: el más interior su voluntad (corazón), el siguiente la inteligencia, por último la imaginación: empujar las virtudes hacia fuera.

Me encanta saber que la edad y profesión de tu cliente hacen posible, pero en modo alguno seguro, que sea llamado al servicio militar. Nos conviene que esté en la máxima incertidumbre, para que su mente se llene de visiones contradictorias del futuro, cada una de las cuales suscita esperanza o temor. No hay nada como el 'suspense' y la ansiedad para parapetar el alma de un humano contra el Enemigo. Él quiere que los hombres se preocupen de lo que hacen; nuestro trabajo consiste en tenerles pensando qué les pasará.

Tu paciente habrá aceptado, por supuesto, la idea de que debe someterse con paciencia a la voluntad del Enemigo. Lo que el Enemigo quiere decir con esto es, ante todo, que debería aceptar con paciencia la tribulación que le ha caído en suerte: el 'suspense' y la ansiedad actuales. Es por *esto* por lo que debe decir: 'Hágase tu voluntad', y para la tarea cotidiana de soportar *esto* se le dará el pan cotidiano. Es asunto tuyo procurar que el paciente nunca piense en el temor presente como en su cruz, sino sólo en las cosas de las que tiene miedo. Déjale considerarlas sus cruces: déjale olvidar que, puesto que son incompatibles, no pueden sucederle todas ellas, y déjale tratar de practicar la fortaleza y la paciencia ante ellas por anticipado. Porque la verdadera resignación, al mismo tiempo, ante una docena de diferentes e hipotéticos destinos, es casi imposible, y el enemigo no ayuda demasiado a aquellos que tratan de alcanzarla: la resignación ante el sufrimiento presente y real, incluso cuando ese sufrimiento consiste en tener miedo, es mucho más fácil, y suele recibir la ayuda de esta acción directa.

Aquí actúa una importante ley espiritual. Te he explicado que puedes debilitar sus oraciones desviando su atención del Enemigo mismo a sus propios estados de ánimo con respecto al Enemigo. Por otra parte, resulta más fácil dominar el miedo cuando la mente del paciente es desviada de la cosa temida al temor mismo, considerado como un estado actual e indeseable de su propia mente; y cuando considere el miedo como la cruz que le sido asignada, pensará en él, inevitablemente, como en un estado de ánimo. Se puede, en consecuencia, formular la siguiente regla general: en todas las actividades del pensamiento que favorezcan nuestra causa, estimula al paciente a ser inconsciente de sí mismo y a concentrarse en el objeto, pero en todas las actividades favorables al Enemigo haz que su mente se vuelva hacia sí mismo. Deja que el insulto o el cuerpo de una mujer fijen hacia fuera su atención hasta el punto en que no reflexione: 'Estoy entrando ahora en el estado llamado Ira... o el estado llamado Lujuria. Por el contrario, deja que la reflexión: 'Mis sentimientos se están haciendo más devotos, o más caritativos' fije su atención hacia dentro hasta el punto que ya no mire más allá de sí mismo para ver a nuestro Enemigo o a sus propios vecinos.

En lo que respecta a su actitud más general ante la guerra, no debes contar demasiado con esos sentimientos de odio que los humanos son tan aficionados a discutir en periódicos cristianos o anticristianos. En su angustia, el paciente puede, claro está, ser incitado a vengarse por algunos sentimientos vengativos dirigidos hacia los gobernantes alemanes, y eso es bueno hasta cierto punto. Pero suele ser una especie de odio melodramático o mítico, dirigido hacia cabezas de turco imaginarias. Nunca he conocido a estas personas en la vida real; son maniqués modelados en lo que dicen los periódicos. Los resultados de este odio

fantasioso son a menudo muy decepcionantes, y de todos los humanos, los ingleses son, en este aspecto, los más deplorables mariquitas. Son criaturas de esa miserable clase que ostentadamente proclama que la tortura es demasiado buena para sus enemigos, y luego le dan té y cigarrillos al primer piloto alemán herido que aparece en su puerta trasera.

Hagas lo que hagas, habrá cierta benevolencia, al igual que cierta malicia, en el alma de tu paciente. Lo bueno es dirigir la malicia a sus vecinos inmediatos, a los que ve todos los días, y proyectar su benevolencia a la circunferencia remota, a gente que no conoce. Así, la malicia se hace totalmente real y la benevolencia en gran parte imaginaria. No sirve de nada inflamar su odio hacia los alemanes si, al mismo tiempo, un pernicioso hábito de caridad está desarrollándose entre él y su madre, su patrón, y el hombre que conoce en el tren. Piensa en tu hombre como una especie de círculos concéntricos, de los que el más interior es su voluntad (su corazón), después su intelecto y finalmente su imaginación. Difícilmente puedes esperar, al instante, excluir de todos los círculos todo lo que huele al Enemigo; pero debes estar empujando constantemente todas las virtudes hacia fuera, hasta que estén finalmente situadas en el círculo de la imaginación, y todas las cualidades deseables hacia dentro, hacia el círculo de la voluntad. Sólo en la medida que alcancen la voluntad y se conviertan en costumbres nos son fatales las virtudes. (No me refiero, por supuesto, a lo que el paciente confunde con su voluntad, la furia y el apuro conscientes de las decisiones y los dientes apretados, sino el verdadero centro, lo que el Enemigo llama el corazón.) Todo tipo de virtudes pintadas en la imaginación o aprobadas por el intelecto, o, incluso, en cierta medida amadas y admiradas, no dejarán a un hombre fuera de la casa de Nuestro Padre: de hecho, pueden hacerle más divertido cuando llegue a ella.

VII. Si los hombres no creen en nosotros, no podemos hacer brujos, pero sí materialistas y escépticos. Mitologizar la ciencia: la 'Fuerza vital', la adoración al sexo. Hacerlo un extremado patriota o un extremado pacifista: todos los extremos deben ser estimulados. Que la religión se convierta en meramente parte de la 'Causa': hacer del mundo un fin y de la fe un medio.

Me asombra que me preguntes si es esencial mantener al paciente ignorante de tu propia existencia. Esa pregunta, al menos durante la fase actual del combate, ha sido contestada para nosotros por el Alto Mando. Nuestra política, por el momento, es la de ocultarnos. Por supuesto, no siempre ha sido así. Nos encontramos, realmente, ante un cruel dilema. Cuando los humanos no creen en nuestra existencia perdemos todos los agradables resultados del terrorismo directo, y no hacemos brujos. Por otra parte, cuando creen en nosotros, no podemos hacerles materialistas y escépticos. Al menos no todavía. Tengo grandes esperanzas de que aprenderemos con el tiempo, a emotivizar y mitologizar su ciencia hasta tal punto que lo que es, en efecto, una creencia en nosotros (aunque no con ese nombre) se infiltrará en ellos mientras la mente humana permanece cerrada a la creencia en el Enemigo. La 'Fuerza Vital', la adoración al sexo y algunos aspectos del Psicoanálisis pueden resultar útiles en este sentido. Si alguna vez llegamos a producir nuestra obra perfecta —el Brujo Materialista, el hombre que no usa sino meramente adora, lo que vagamente llama 'fuerzas' al mismo tiempo que niega la existencia de 'espíritus'- entonces el fin de la guerra estará a la vista. Pero mientras tanto, debemos obedecer nuestras órdenes. No creo que tengas mucha dificultad en mantener a tu paciente en la ignorancia. El hecho de que los 'diablos' sean predominantemente figuras *cómicas* en la imaginación moderna te ayudará. Si la más leve sospecha de tu existencia empieza a surgir en su mente, insinúales una imagen de algo con mallas rojas, y persuádele de que, puesto que no puede creer en eso (es un viejo método del libro de texto de confundirles), no puede, en consecuencia, creer en ti.

No había olvidado mi promesa de estudiar si deberíamos hacer del paciente un patriota extremado o un extremado pacifista. Todos los extremos, excepto la extrema devoción al Enemigo, deben ser estimulados. No siempre, claro; pero sí en esta etapa. Algunas épocas son templadas y complacientes, y entonces nuestra misión consiste en adormecerlas más aún. Otras épocas, como la actual son desequilibradas e inclinadas a dividirse en facciones, y nuestra tarea es inflamarlas. Cualquier pequeña capillita, unida por algún interés que otros hombres detestan o ignoran, tiende a desarrollarlas en su interior una encendida admiración mutua, y hacia el mundo exterior una gran cantidad de orgullo y odio, que es mantenida sin vergüenza porque la 'Causa' es su patrocinadora y se piensa que es impersonal. Hasta cuando el pequeño grupo está al servicio de los planes del Enemigo, esto es cierto. Queremos que la Iglesia sea pequeña no sólo para que menos hombres puedan conocer al Enemigo, sino también para que aquellos que lo *hagan* puedan adquirir la incómoda intensidad y la virtuosidad defensiva de una secta secreta o de una 'clique'. La Iglesia misma está, por supuesto, muy defendida y nunca hemos logrado completamente darle *todas* las características de una facción; pero algunas facciones subordinadas, dentro de ella, han dado a menudo grandes resultados, desde los partidos de Pablo y de Apolo en Corinto hasta los partidos Alto y Bajo dentro de la Iglesia Anglicana.

Si tu paciente puede ser inducido a convertirse en un objetor de conciencia, se encontrará inmediatamente un miembro de una sociedad pequeña, chillona, organizada e impopular, y el efecto de esto, en uno tan nuevo en la Cristiandad, será casi con toda seguridad bueno. Pero sólo *casi* con seguridad. ¿Tuvo dudas serias acerca de la licitud de servir en una guerra justa antes de empezarse esta guerra? ¿Es un hombre de gran valor físico, tan grande que no tendrá dudas simiconscientes acerca de los verdaderos motivos de su pacifismo? Si es ese tipo de hombre, su pacifismo no nos servirá seguramente de mucho, y el Enemigo probablemente le protegerá de las habituales consecuencias de pertenecer a una secta. Tu mejor plan, en ese caso, sería procurar una repentina y confusa crisis emotiva de la que pudiera salir como un incómodo converso al patriotismo. Tales cosas pueden conseguirse a menudo. Pero si es el hombre que creo, prueba con el pacifismo.

Adopte lo que sea, tu principal misión será la misma. Déjale empezar a considerar el patriotismo o el pacifismo como parte de su religión. Déjale después bajo el influjo de un espíritu partidista, llegar a considerarlo la parte más importante. Luego, suave y gradualmente, guíale hasta la fase en la que la religión se convierte en meramente parte de la 'Causa', en la que el cristianismo se valora primordialmente a causa de las excelentes razones a favor del esfuerzo bélico inglés o del pacifismo que puede suministrar... Una vez que hayas hecho del mundo su fin y de la fe un medio, ya casi has vencido a tu hombre, e importa poco qué clase de fin mundano persiga. Con tal que los mítines, panfletos, políticas, movimientos, causas y cruzadas le importe más que las oraciones, los sacramentos y la caridad, será nuestro; y cuanto más 'religioso' (en este sentido) más seguramente nuestro...

VIII. LA PRUEBA. Dios no puede tentar a la virtud, nosotros sí tentamos al vicio. Dios quiere que aprendan a andar.

[Dios] Está dispuesto a dominar un poco al principio. Las pondrá en marcha con comunicaciones de Su presencia que, aunque tenues, les parecen grandes, con dulzura emotiva, y con fáciles victorias sobre la tentación. Pero Él nunca permite que este estado de cosas se prolongue. Antes o después retira, si no de hecho, sí al menos de su experiencia consciente, todos esos apoyos e incentivos. Deja que la criatura se mantenga sobre sus propias piernas, para cumplir, sólo a fuerza de voluntad, deberes que han perdido todo sabor. En estos periodos de bajas, mucho más en los periodos de altos, cuando se está convirtiendo en el tipo

de criatura que Él quiere que sea. De ahí que las oraciones ofrecidas en estado de sequía sean las que más le agradan... Él no puede 'tentar' a la virtud como nosotros al vicio. Él quiere que aprendan a andar y debe, por tanto, retirar Su mano; y sólo con que de verdad exista en ellos la voluntad de andar, se siente complacido hasta por sus tropezones. No te engañes, Orugario. Nuestra causa nunca está tan en peligro como cuando un humano, que ya no desea, pero todavía se propone hacer la voluntad de nuestro Enemigo, contempla un universo del que toda traza de Él parece haber desaparecido, y se pregunta por qué ha sido abandonado, y todavía obedece.

IX. El placer sano un invento de Dios. Nosotros convencerles que si están en baja es definitivo. Si es depresivo convencerle que puede salir con sus propias fuerzas; si es esperanzado convencerlo de que no es tan baja su situación. Mantener su mente lejos de la simple antítesis entre lo Verdadero y lo Falso y quedarse en el 'fue una fase'.

... los periodos bajos de la ondulación humana suministran una excelente ocasión para todas las tentaciones sensuales, especialmente las del sexo... El ataque tiene muchas más posibilidades de éxito cuando el mundo interior el hombre es gris, frío y vacío... Nunca olvides que cuando estamos tratando cualquier placer en su forma sana, normal y satisfactoria, estamos, en cierto sentido, en el terreno del Enemigo. Ya sé que hemos conquistado muchas almas por medio del placer. De todas maneras, el placer es un invento Suyo, no nuestro. Él creó los placeres... Todo lo que podemos hacer es incitar a los humanos a gozar los placeres, que nuestro Enemigo ha inventado, en momentos o en formas o en grados que Él ha prohibido... La fórmula es un ansia siempre creciente de un placer siempre decreciente...

... una forma mejor de explorar los bajos... No les dejes sospechar la existencia de la ley de la Ondulación. Hazle suponer que los primeros ardores de su conversión podrían haber durado, y deberían haber durado siempre, y que su aridez actual es una situación igualmente permanente (dos posibilidades, según tienda a la desesperación o al que puede persuadirle que todo va bien). En el primer caso mantenerle alejado de los cristianos con experiencia... dirigirlo a pasajes adecuados de las Escrituras, y luego ponerles a trabajar en el desesperado plan de recobrar sus viejos sentimientos por pura fuerza de voluntad, y la victoria es nuestra. Si es del tipo más esperanzado, tu trabajo es hacerle resignarse a la actual baja temperatura de su espíritu y que gradualmente se contente convenciéndose a sí mismo de que, después de todo, no es tan baja. En una semana o dos le estarás haciendo dudar si los primeros días de su cristianismo no serían, tal vez, un poco excesivos. Háblale sobre la 'moderación de en todas las cosas'. Una vez que consigas hacerle pensar que 'la religión está muy bien, pero hasta cierto punto, podrás sentirte satisfecho acerca de su alma. Una religión moderada es tan buena para nosotros como la falta absoluta de religión –y más divertida.

Otra posibilidad es la del ataque directo contra su fe. Cuando le hayas hecho suponer que el bajo es permanente, ¿no puedes persuadirle de que su 'fase religiosa' va a acabarse, como todas las fases precedentes? (De hecho es fácil pasar) de la proposición 'Estoy perdiendo interés en esto' a la proposición 'Esto es falso'. (No es cuestión de razón) La mera fase lo logrará probablemente (se han pasado varias 'fases') y que siempre se siente superior y condescendiente para aquellas de las que ha salido, no porque las haya superado verdaderamente, sino simplemente porque estañen el pasado. (Cfr. nebulosas ideas de Progreso y Desarrollo y el Punto de Vista Histórico)

...Mantén su mente lejos de la simple antítesis entre lo Verdadero y lo Falso. Bonitas expresiones difusas 'Fue una fase'

X. Importancia de los amigos ‘superficialmente intelectuales y brillantemente escépticos’. Que no se dé cuenta que este nuevo placer es una tentación. En los escritos cristianos modernos se habla mucho de Mammon y no se habla del Mundo, y a quien le da importancia es tratado de puritano. En su doble vida se le puede convencer que él es el hombre completo, y que cultivando esta nueva amistad les está haciendo bien.

... Supongo que el matrimonio de mediana edad que visitó su oficina es precisamente el tipo de gente que nos conviene que conozca: rica, de buen tono, superficialmente intelectual y brillantemente escéptica respecto a todo. Deduzco que son vagamente pacifistas, no por motivos morales sino a consecuencia del arraigado hábito de minimizar cualquier cosa que preocupe a la gran masa...

Sin duda muy pronto se dará cuenta de que su propia fe está en directa oposición a los supuestos en los que se basa toda la conversación de sus nuevos amigos. No creo que esto importe mucho siempre que puedas persuadirle de que posponga cualquier reconocimiento abierto de este hecho, y esto, con la ayuda de la vergüenza, el orgullo, la modestia y la vanidad será fácil de conseguir... Asumirá, primero sólo por sus modales, pero luego por sus palabras, todo tipo de actitudes cínicas y escépticas que no son realmente suyas. Pero, se le maneja bien, pueden hacerse suyas...

[Que no] se dé cuenta de que este nuevo placer es una tentación... En los modernos escritos cristianos, aunque veo muchos (de hecho más de los que quisiera) acerca de Mammón, veo pocos de las viejas advertencias sobre las vanidades Mundanas, la Elección de Amigos y el Valor del Tiempo. Todo esto lo calificaría tu paciente, probablemente de ‘puritanismo’. ¿Puedo señalar de paso, que el valor que hemos dado a esta palabra es uno de los triunfos verdaderamente sólidos de los últimos 100 años? Mediante ella, rescatamos anualmente de la templanza, la castidad y la austeridad de vida a millares de humanos.

... puedes conseguir que sólo se dé cuenta el carácter de sus amigos cuando están ausentes; se puede conseguir que su presencia borre toda crítica. Si esto tiene éxito, se le puede inducir a vivir ... dos vidas paralelas... Si esto falla... se le puede hacer sentir auténtico placer en la percepción de que las dos caras de su vida son inconscientes. Esto se consigue explotando su vanidad. Se le puede enseñar a disfrutar de estar de rodillas junto al tendero el domingo sólo de pensar que el tendero no podría entender el mundo urbano y burlón que habitaba él la noche del sábado; y recíprocamente, disfrutar más aún de la indecente y blasfema sobremesa con estos admirables amigos pensando que hay un mundo ‘más profundo y espiritual’...; los amigos mundanos le afectan por un lado y el tendero por otro, y él es el hombre completo, equilibrado y complejo... Así, mientras está traicionando permanentemente a por lo menos dos grupos de personas, sentirá, en lugar de vergüenza, una continua corriente subterránea de satisfacción de sí mismo. Por último, si falla todo lo demás, le puedes convencer, desafiando a su conciencia, de que siga cultivando esta nueva amistad, con la excusa de que, ... les está haciendo ‘bien’ por el mero hecho de beber sus *cocktels* y reír sus chistes, y que dejar de hacerlo sería ‘mojigato’, ‘intolerante’, y (por supuesto), ‘puritano’.

... procurar que este nuevo desarrollo le induzca a gastar más... y abandonar su trabajo y a su madre. Los celos y la alarma de ésta y la creciente evasividad y brusquedad del paciente, serán invaluable para agravar la tensión doméstica.

XI. La risa está siempre de nuestra parte. Cuatro clases de risa. La ‘falta de humor’ como puritanismo [Mujer de Pórtugos: “¡Tiene cojones...!”] Hablar como si la virtud fuese algo cómico. Pero la ligereza es la mejor... a cualquiera le podemos enseñar a hablar como si la virtud fuese algo cómico... el hábito de la ligereza constituye en torno al hombre la mejor coraza que conozco frente al Enemigo...

...La verdadera utilidad de los chistes o el humor es prometedora entre los ingleses, que se toman tan en serio su 'sentido del humor' que la falta de este sentido es casi la única deficiencia de la que se avergüenzan. El humor... es un medio inapreciable para destruir el pudor. Si un hombre deja, simplemente, que los demás paguen por él, es un 'tacaño'; si presume de ello jocosamente, y les toma el pelo a sus amigos por permitir que se aproveche de ellos, entonces ya no es un 'tacaño', si no un tipo gracioso.. La crueldad es vergonzosa, a menos que el hombre cruel consiga presentarla como una broma pesada... Cualquiera insinuación de que pueda ser demasiado humor, por ejemplo, se le puede presentar como 'puritana', o como evidencia de 'falta de humor'.

Pero la ligereza es la mejor... a cualquiera le podemos enseñar a hablar *como si* la virtud fuese algo cómico... el hábito de la ligereza constituye en torno al hombre la mejor coraza que conozco frente al Enemigo...

XII. LO DISTRACTIVO. No se debe permitir sospechar que está alejándose de Dios. Que no llegue a arrepentirse de un pecado concreto. Distraer con cualquier cosa.

(El alejamiento del Enemigo); pero hay que hacer que él se imagine que todas las decisiones que han producido este cambio de trayectoria son triviales y revocables... (Que no sospeche que se está alejando del 'sol').

...casi celebro que todavía va a misa y comulga... con tal de que no llegue a darse cuenta de hasta qué punto ha roto con los primeros meses de su vida cristiana... mientras piensa eso, no tendremos que luchar con el arrepentimiento de un pecado definido y plenamente reconocido, sino con una vaga sensación de que no se ha portado muy bien últimamente.

... Si se permite que tal sensación subsista pero no que se haga irresistible y florezca en un verdadero arrepentimiento, tiene una invaluable tendencia: aumenta la resistencia del paciente a pensar en el Enemigo... En tal estado tu paciente no sólo omitirá sus deberes religiosos, sino que le desagradarán cada vez más... y se olvidará de ellos una vez cumplidos, tan pronto como pueda... Su intención será la de 'dejar la fiesta en paz'.

... descubrirás que cualquier cosa, o incluso ninguna, es suficiente para atraer su atención errante... Puedes lograr que no haga absolutamente nada durante periodos prolongados... de tal forma que pueda acabar diciendo como dijo al llegar aquí abajo uno de mis pacientes: 'Ahora veo que he dejado pasar la mayor parte de mi vida sin hacer *ni* lo que debía, *ni* lo que me apetecía'. Los cristianos describen al Enemigo como aquel 'sin quien nada es fuerte'. Y la Nada es muy fuerte: lo suficiente como para privar a un hombre de sus mejores años... en una mortecina vacilación de la mente sobre no sabe qué ni por qué...

... lo único que de verdad importa es en qué medida apartas al hombre del Enemigo... empujar al hombre lejos de la Luz y hacia el interior de la Nada. El asesinato no es mejor que la baraja, si la baraja es suficiente para alcanzar este fin...

XIII. [Ignacio y sus lecturas. Lo 'distractivo'] ... "permitiste que leyera un libro del que realmente disfrutaba" e "ir ... a un paseo que le gusta". Cinco minutos de dolor de muelas dan al traste de cualquier dolor romántico, y el placer real con la vanidad, la ironía, el tedio. Cuando Dios les dice que 'pierdan su yo' les devuelve toda su personalidad. Cuando sean completamente Suyos serán más plenamente ellos mismos. Si tiene inclinación, que escriba un libro sobre él, pero que no actúe. Mantener su piedad fuera de su voluntad: en su imaginación y sus afectos.

... un arrepentimiento y una renovación de lo que el otro llama ‘gracia’ de la magnitud que tú mismo describes, suponen una derrota de primer orden...

... vemos tus errores. En primer lugar según tú mismo dices, permitiste que tu paciente leyera un libro del que realmente disfrutaba, no para que hiciera comentarios ingeniosos a costa de él ante sus nuevos amigos, sino meramente porque disfrutaba de ese libro. En segundo lugar, le permitiste andar hasta el viejo molino y tomar allí el té: un paseo por un campo que realmente le gusta, y encima a solas. En otras palabras: le permitiste dos auténticos placeres positivos... Lo característico de las penas y de los placeres es que son inequívocamente reales y, en consecuencia, mientras duran, le proporcionan al hombre un patrón de realidad. [No trates de condenar] por el método romántico... cinco minutos de auténtico dolor de muelas revelarán la tontería que eran sus sufrimientos románticos, y desenmascararían toda tu estrategia. Pero estabas intentando hacer que tu paciente se condenase por el Mundo, esto es, haciéndole aceptar como placeres la vanidad, el ajetreo, la ironía y el tedio costoso. ¿Cómo puedes no haberte dado cuenta de que un placer *real* era lo último que debías permitirle? ¿No previste que... acabaría con todos los oropeles que tan trabajosamente le has estado enseñando a apreciar? ¿Y que el tipo de placer que le dieron el libro y el paseo es el más peligroso de todos? ¿Qué le arrancaría la especie de costra que has ido formando sobre su sensibilidad, y le haría sentir que está regresando a su hogar recobrándose a sí mismo? Como un paso previo para separarle del Enemigo, querías apartarle de sí mismo... Ahora, todo esto está perdido. Sé, naturalmente, que el Enemigo también quiere apartar de sí mismos a los hombres, pero en otro sentido... Cuando Él habla de que pierdan su ‘yo’, se refiere tan sólo a que abandonen el clamor de su propia voluntad. Una vez hecho esto, Él les devuelve realmente toda su personalidad, y pretendo (me temo que sinceramente) que cuando sean completamente suyos, serán más ‘ellos mismos’ que nunca... Los gustos y las inclinaciones más profundos de un hombre constituyen la materia prima, el punto de partida que el Enemigo le ha proporcionado. Alejar al hombre de ese punto de partida es, siempre, pues, un tanto a nuestro favor; incluso en cuestiones indiferentes... siempre es conveniente sustituir los gustos y las aversiones auténticas de un humano por los patrones mundanos, o la convención, o la moda. ...; el hombre que verdadera y desinteresadamente disfruta de algo, por ello mismo, y sin importarle un comino lo que digan los demás, está protegido por eso mismo, contra alguno de nuestros métodos de ataque más sutiles. Debes tratar de hacer siempre que el paciente abandone la gente, la comida o los libros que le gustan de verdad, y que los sustituya por la ‘mejor’ gente, la comida ‘adecuada’ o los libros ‘importantes’...

Falta considerar de qué forma podemos resarcirnos de este desastre. Lo mejor es impedir que haga cualquier cosa... Déjale, si tiene alguna inclinación en este sentido, que escriba un libro sobre él; suele ser una manera excelente de esterilizar las semillas que el Enemigo planta en el alma humana. Déjale hacer lo que sea, menos actuar. Ninguna cantidad, por grande que sea, de piedad en su imaginación y en sus afectos nos perjudicará, si logramos mantenerla fuera de su voluntad. Como dijo uno de los humanos, los hábitos activos se refuerzan por la repetición, pero los pasivos se debilitan. Cuanto más a menudo sienta sin actuar, menos capaz será de llegar a actuar alguna vez, y, a la larga, menos capaz será de sentir.

XIV. Regla 5ª Gaston Fessard . Y DE LA HUMILDAD A TODAS LAS VIRTUDES (EE 146) “ANDAR EN VERDAD”. “¡Caramba, estoy siendo humilde!” ... inmediatamente el orgullo aparecerá. Con la humildad quiere Dios apartar la atención del hombre de sí mismo y dirigirla hacia Él y hacia los vecinos. Dios quiere que el hombre esté contento de lo que ha hecho como si lo hubiese hecho otro.

Lo más alarmante del último informe sobre el paciente es que no está tomando ninguna de aquellas confiadas resoluciones que señalaron su conversión original. Ya no hay espléndidas promesas de perpetua virtud, deduzco; ¡ni siquiera la expectativa de una concesión de la 'gracia' para toda la vida, sino sólo una esperanza de que se le dé el alimento diario y horario para enfrentarse con las diarias y horarias tentaciones! Esto es muy malo.

... Tu paciente se ha hecho humilde: ¿le has llamado la atención sobre este hecho? Todas las virtudes son menos formidables para nosotros una vez que el hombre es consciente de que las tiene, pero esto es particularmente cierto de la humildad. Cógele en el momento en que sea realmente pobre de espíritu, y métele de contrabando en la cabeza la gratificadora reflexión: '¡Caramba, estoy siendo humilde!', y casi inmediatamente el orgullo –orgullo de su humildad– aparecerá. Si se percata de este peligro t trata de ahogar esta nueva forma de orgullo, hazle sentirse orgulloso de su intento y así tantas veces como te plazca. Pero no intentes esto durante demasiado tiempo, no vayas a despertar su sentido del humor y de las proporciones, en cuyo caso simplemente se reirá de ti y se irá a la cama.

Pero hay otras formas aprovechables de fijar su atención en la virtud de la humildad. Con esta virtud, como con todas las demás, nuestro Enemigo quiere apartar la atención del hombre de sí mismo y dirigirla hacia Él, y hacia los vecinos del hombre. Todo el abatimiento y el auto-odio están diseñados, a la larga, sólo para este fin; a menos que alcancen este fin, nos hacen poco daño, e incluso pueden beneficiarnos si mantienen al hombre preocupado consigo mismo; sobre todo, su autodesprecio puede convertirse en el punto de partida el desprecio a los demás y, por tanto, del pesimismo, del cinismo y de la crueldad.

En consecuencia, debes ocultarle al paciente la verdadera finalidad de la humildad. Déjale pensar que es, no olvido de sí mismo, sino una especie de opinión (de hecho, una mala opinión) acerca de sus propios talentos y carácter. Algún talento, supongo tendrá realmente. Fija en su mente la idea de que la humildad consiste en tratar de creer que esos talentos son menos valiosos de lo que él cree, pero no es esa la cuestión. Lo mejor es hacerle valorar una opinión por alguna cualidad diferente de la verdad, introduciendo así un elemento de deshonestidad y simulación en el corazón de lo que, de otro modo, amenaza con convertirse en una virtud. Por este método a miles de humanos se les ha hecho pensar que la humildad significa mujeres bonitas tratando de creer que son feas y hombres inteligentes tratando de creer que son tontos... [así] tenemos la ocasión de mantener su mente ando continuamente vueltas alrededor de sí mismos, en un esfuerzo por lograr lo imposible... El Enemigo quiere conducir al hombre a un estado de ánimo en el que podría diseñar la mejor catedral del mundo y saber que es la mejor, y alegrarse de ello, sin estar más (o menos) o de otra manera contento de haberlo hecho él que si lo hubiese hecho otro. El Enemigo quiere, finalmente, que esté tan libre de cualquier prejuicio a su propio favor que pueda alegrarse de sus propios talentos tan franca y agradecidamente como de los talentos de su prójimo... de un amanecer... Quiere que cada hombre, a la larga, sea capaz de reconocer a todas las criaturas (incluso a sí mismo) como cosas gloriosas y excelentes. Él quiere matar su propio amor animal tan pronto como sea posible; pero Su política a largo plazo es, me timo, de volverles una especie de amor propio: una caridad y gratitud a todos los seres, incluidos ellos mismos, les será permitido amarse a sí mismos como a sus prójimos. Porque nunca debemos olvidar el que es el rasgo más repelente e inexplicable de nuestro Enemigo: Él *realmente* ama a los bípedos sin pelo que él ha creado...

Todo su esfuerzo, en consecuencia, tenderá a apartar totalmente del pensamiento del hombre el tema de su propio valor. Preferiría que el hombre se considerase un gran arquitecto... y luego se olvidase... Pero siempre y por todos los medios, el propósito del Enemigo será apartar el pensamiento del paciente de tales cuestiones, y el tuyo consistirá en fijarlo a ellas. Ni siquiera quiere el Enemigo que piense demasiado en sus pecados: una vez que está

arrepentido, cuanto antes vuelva el hombre su atención hacia fuera, más complacido se siente el Enemigo.

XV. EL TIEMPO. Dios quiere que los hombres atiendan a la eternidad y al presente. En el presente, el tiempo coincide con la eternidad. Nuestra tarea alejarles de la eternidad y el presente para hacerles vivir el futuro (más que el pasado). El futuro, el corazón de la temporalidad: enciende la esperanza y el temor. Casi todos los vicios miran al futuro, la gratitud al pasado y el amor al presente. Dios quiere que miremos al futuro para planificar el presente: el deber está en el presente. Nosotros queremos un hombre atormentado por el futuro.

[La guerra]... Tanto el temor torturado como la estúpida confianza son estados de ánimo deseables...

Los humanos viven en el tiempo, pero nuestro Enemigo les destina a la Eternidad. Él quiere, por tanto, creo yo, que atiendan principalmente dos cosas: a la eternidad misma y a ese punto del tiempo que llaman presente. Porque el presente es el punto en que el tiempo coincide con la eternidad. Del momento presente, y sólo de él, los humanos tienen una experiencia análoga a la que nuestro Enemigo tiene de la realidad como un Todo: sólo en el presente la libertad y la realidad le son ofrecidas. En consecuencia, Él tendría continuamente preocupados por la eternidad (lo que equivale a preocupados por Él) o por el presente; o meditando acerca de su perpetua unión con, o separación de Él, o si no obedeciendo la presente voz de la conciencia, soportando la cruz presente, recibiendo la gracia presente, dando gracias por el placer presente.

Nuestra tarea consiste en alejarlos de lo eterno y del presente... a veces tentamos a un humano (pongamos una viuda o un erudito) a vivir en el pasado. Pero esto tiene un valor limitado, porque poseen algunos conocimientos reales sobre el pasado, y porque el pasado tiene una naturaleza determinada, y, en eso se parece a la eternidad. Es mucho mejor hacerles vivir en el futuro. La necesidad biológica hace que toos sus pasiones apunten ya en esa dirección, así que pensar en el futuro enciende la esperanza y el temor. Además, les es desconocido, de forma que al hacerles pensar en el futuro les hacemos pensar en cosas irreales. En una palabra, el futuro es, de todas las cosas, la menos parecida a la eternidad. Es la parte más completamente temporal del tiempo, porque el pasado está petrificado y ya no fluye, y el presente está totalmente iluminado por los rayos eternos. E ahí el impulso que hemos dado a esquemas mentales como la Evolución Creativa, el Humanismo Científico, o el Comunismo, que fijan los efectos el hombre en el futuro, en el corazón mismo de la temporalidad. De ahí que todos los vicios tengan sus raíces en el futuro. La gratitud mira al pasado y el amor al presente; el miedo, la avaricia, la lujuria y la ambición miran hacia delante. No creas que la lujuria es una excepción. Cuando llega el placer presente, el pecado (que es lo único que interesa) ya ha pasado. El placer es la única parte del proceso que lamentamos y que excluiríamos si pudiésemos hacerlo sin perder el pecado; es la parte que aporta el Enemigo, y por tanto, experimentada en el presente. El pecado, que es nuestra contribución, miraba hacia delante.

Desde luego, el Enemigo quiere que los hombres piensen también en el futuro: pero sólo en la medida en que sea necesario para planear *ahora* los actos de justicia o caridad que serán probablemente su deber mañana. El deber de planear el trabajo del día siguiente es el deber de *hoy*, aunque su material está tomado prestado del futuro, el deber, como todos los deberes, está en el presente... Él no quiere que los hombres le den al futuro sus corazones, ni que pongan en él su tesoro. Nosotros, sí. Su ideal es un hombre que, después de haber trabajado todo el día por el bien de la posteridad (si esa es su vocación), lava su mente de todo el tema, encomienda el resultado al Cielo, y vuelve al instante a la paciencia o gratitud que exige el

momento que está atravesando. Pero nosotros queremos un hombre atormentado por el futuro: hechizado por visiones de un Cielo o un infierno inminente en la tierra –dispuesto a violar los mandamientos del Enemigo en el presente si le hacemos creer que, haciéndolo, puede alcanzar el Cielo o el infierno-, que dependen para su fe del éxito o fracaso de planes cuyo fin no vivirá para ver...

... es mejor que tu paciente esté lleno de inquietud o de esperanza (no importa mucho cuál de ellas) acerca de esta vida que el que viva en el presente. Pero la frase ‘vivir el presente’ es ambigua: puede describir un proceder que, en realidad, está tan pendiente del futuro como la ansiedad misma; tu hombre puede no preocuparse por el futuro, no porque le importe el presente, sino porque se ha autoconvencido de que el futuro va a ser, y mientras sea ésta la verdadera causa de su tranquilidad, tal tranquilidad nos será propicia, pues no hará otra cosa que amontonar más decepciones, y por tanto más impaciencia, cuando sus infundadas esperanzas se desvanezcan. Si, por el contrario, es consciente de que le pueden esperar cosas horribles, y reza para pedir las virtudes necesarias para enfrentarse con tales horrores, y entretanto se ocupa del presente porque en éste, y sólo en éste, residen todos los deberes, toda la gracia, toda la sabiduría y todo el placer, su estado es enormemente indeseable y debe ser atacado al instante...

XVI. ROMANOS 14. Si no puedes evitar que vaya a la iglesia, que recorra toda la ciudad en busca de la que le va. La parroquia, unión de diferentes. De lo contrario se cae en el club, en la facción. Una iglesia ‘conveniente’ hace al hombre crítico, no discípulo. Dos ejemplos de párrocos: uno se ha dedicado a aguar la fe para hacerla más accesible; el otro un día es comunista y el otro fascista teocrático. Además ambas iglesias son de partido.

... si a un hombre no se le puede curar de la manía de ir a la iglesia, lo mejor que se puede hacer es enviarle a recorrer todo el barrio en busca de la iglesia que ‘le va’, hasta que se convierta en un catador... de iglesia.

Las razones de esto son obvias. En primer lugar, y no de gustos, agrupa a personas de diferentes clases y psicologías en el tipo de unión que el Enemigo desea. El principio de la congregación (¿el grupo cerrado?), en cambio, hace de cada iglesia una especie de club, y, finalmente, si todo va bien, en grupúsculo o facción. En segundo lugar, la búsqueda de una iglesia ‘conveniente’ hace del hombre un crítico, cuando el Enemigo quiere que sea un discípulo. Lo que Él quiere del laico en la iglesia es una actitud que puede, de hecho, ser crítica, en tanto que puede rechazar lo que sea falso o inútil, pero que es totalmente acrítica en tanto que no valora: no pierde el tiempo en pensar en lo que rechaza, sino que se abre en humilde y muda receptividad a cualquier alimento que se le dé. (...) Esta actitud, sobre todo en los sermones, a lugar a una disposición (extremadamente hostil a toda nuestra política) en que los tópicos calan realmente en el alma humana. Apenas hay un sermón o un libro, que no pueda ser peligroso para nosotros, si se recibe en este estado de ánimo...

... las dos iglesias que le caen más cerca... tiene ciertas ventajas. En la primera de ellas, el vicario es un hombre que lleva tanto tiempo dedicado a aguar la fe, para hacérsela asequible a una congregación supuestamente incrédula y testaruda, que es él el quien ahora escandaliza a los parroquianos con su falta de fe, y no al revés: ha primado el cristianismo de muchas almas. Su forma de llevar los servicios es también admirable: con el fin de ahorrarles a los laicos todas las ‘dificultades’, ha abandonado tanto el leccionario como los salmos fijados para cada ocasión, y ahora, sin darse cuenta, gira eternamente en torno al pequeño molino de sus quince salmos y sus veinte lecciones favoritas. Así estamos a salvo del peligro de que pueda llegarle de las Escrituras cualquier verdad que no le resulte ya familiar tanto a él como a su rebaño. Pero tu paciente no sea lo bastante tonto como para ir a esta iglesia.

En la otra tenemos al P. Spike. A los humanos les cuesta trabajo comprender la variedad de sus opiniones: un día es casi comunista, y al día siguiente no está lejos de alguna especie de fascismo teocrático; un día es escolástico, y al día siguiente está casi dispuesto a negar por completo la razón humana; un día está inmerso en la política, y al día siguiente declara que todos los estados de este mundo están *igualmente* en espera de juicio'. Por supuesto, nosotros sí vemos el hilo que lo conecta todo, que es el odio. El hombre no puede resignarse a predicar nada que no esté calculado para escandalizar, ofender, desconcertar o humillar a sus padres y sus amigos. Un sermón que tales personas pudiesen aceptar sería, para él, tan insípido como un poema que fuesen capaces de medir. Hay también una prometedora veta de deshonestidad en él: le estamos enseñando a decir 'el magisterio de la Iglesia' cuando en realidad quiere decir 'estoy casi seguro de que hace poco leí en un libro de Maritain o alguien parecido...' Pero debo decirte que tiene un defecto fatal: cree de verdad. Y esto puede echarlo todo a perder.

Pero estas dos iglesias tienen en común un buen punto: ambas son de partido. Creo que ya te he advertido antes que si no se puede mantener a tu paciente apartado de la Iglesia, al menos debiera estar violentamente implicado en algún partido dentro de ella. No me refiero a verdaderas cuestiones doctrinales; con respecto a éstas, cuanto más tibio sea, mejor. (Y no es tanto cuestión de doctrinas), lo divertido es hacer que se odien aquellos que dicen 'misa' y los que dicen 'santa comunión', cuando ninguno de los dos bandos podría decir qué diferencia hay... Todo lo realmente indiferente –cirios, vestimenta, qué sé yo- es una excelente base para nuestras actividades. Hemos hecho que los hombres olviden por completo lo que aquel apestoso, Pablo, solía enseñar acerca de las comidas y otras cosas sin importancia: es decir, que el humano sin escrúpulos debiera ceder siempre ante el hermano escrupuloso...

XVII. La gula por exquisitez, no por exceso. Servirnos del paladar para provocar quejumbrosidad, impaciencia, dureza y egocentrismo.

[Importancia de la gula en cantidades pequeñas] Pero ¿qué importan las cantidades, con tal de que podamos servirnos del estómago y del paladar humano para provocar quejumbrosidad, impaciencia, dureza o egocentrismo? [Ejemplo de la anciana caprichosa en las comidas...] ... nunca reconoce como gula su afán de conseguir lo que quiere, por molesto que pueda resultar a los demás. Al tiempo que satisface su apetito, cree estar practicando la templanza. [Ejemplo del plato de comida, que se lo traigan con menos cantidad]

...Nunca encuentra ningún criado ni amigo que pueda hacer estas cosas [una taza de té, un huevo pasado por agua] tan sencillas 'como es debido', porque su 'como es debido' oculta una exigencia insaciable de los exactos y casi imposibles placeres del paladar que cree recordar del pasado, un pasado que ella describe como 'los tiempos en que podía conseguirse un buen servicio', pero que nosotros sabemos que son los tiempos en que sus sentidos eran más fácilmente complacidos y en la que otra clase de placeres la hacían menos dependiente de los de la mesa. Entre tanto, la frustración cotidiana produce un cotidiano mal humor: las cocineras se despiden y los amigos se enfrían...

... tu paciente es hijo de su madre...: como mejor se hace que los hombres pequen de gula es apoyándose en su vanidad. Hay que hacerles que se crean muy entendidos en cuestiones culinarias, para agujijonearlos a decir que han descubierto el único restaurante de la ciudad donde los filetes están de verdad 'correctamente' guisados. Lo que empieza como vanidad puede convertirse... en costumbre. Pero, de cualquier modo que lo abordes, lo bueno es llevarle a ese estado de ánimo en que la negación de cualquier satisfacción -...- le irrita, porque entonces su caridad, su justicia y su obediencia estarán totalmente a tu merced.

El mero exceso de comida es mucho menos valioso que la exquisitez...

XVIII. LA SEXUALIDAD HUMANA. El ‘estar enamorados’ como la única base respetable del matrimonio. Si no se da, deja de ser vinculante. Para nosotros “ser” significa “ser compitiendo”. Para Dios, las cosas deben ser muchas, pero también, de algún modo, una: Amor. (Trinidad) (La familia: “serán una sola carne”. La fidelidad como algo inferior a una tempestad emocional.

... la técnica rutinaria de la tentación sexual.

Lo que el Enemigo exige de los humanos adopta la forma de un dilema: o completa abstinencia o monogamia sin paliativos. Desde la primera gran victoria de Nuestro Padre, les hemos hecho muy difícil la primera. Y llevamos unos cuantos siglos cerrando la segunda como vía de escape. Esto lo hemos conseguido por medio de los poetas y novelistas, convenciendo a los humanos de que una curiosa, y generalmente efímera experiencia que ellos llaman ‘estar enamorados’ es la única base respetable del matrimonio; de que el matrimonio puede, y debe, hacer permanente este entusiasmo; y de que un matrimonio que no lo consigue deja de ser vinculante. Esta idea es una parodia de una idea del Enemigo.

Toda la filosofía del infierno descansa en la admisión el axioma de que una cosa no es otra cosa y, en especial, de que un ser no es otro ser. Mi bien es un bien, y tu bien es el tuyo. Lo que gana uno, otro lo pierde...

La filosofía del Enemigo no es más ni menos que un continuo intento de eludir esta verdad evidente. Su meta es la contradicción. Las cosas han de ser muchas, pero también, de algún modo, sólo una. A esta imposibilidad Él le llama *Amor*, y esta misma monótona panacea puede detectarse bajo todo lo que Él hace e incluso todo lo que Él es o pretende ser. De este modo, Él no está satisfecho, ni siquiera Él mismo, con ser una mera unidad aritmética; pretende ser tres al mismo tiempo que uno, con el fin de que esta tontería del Amor pueda encontrar un punto de apoyo en Su propia naturaleza. Al otro extremo de la escala, Él introduce en la materia ese indecente invento que es el organismo, en el que las partes se ven pervertidas de su natural destino –la competencia- y se ven obligadas a cooperar.

Su auténtica motivación para elegir el sexo como método de reproducción de los humanos esta clarísima, en vista del uso que ha hecho de él. El sexo podría haber sido desde nuestro punto de vista, completamente inocente. Podría haber sido meramente una forma más en la que un ser más fuerte se alimenta de otro más débil –como sucede de hecho en las arañas, que culminan sus nupcias con la novia comiéndose al novio-. Pero en los humanos, el Enemigo ha asociado gratuitamente el afecto con el deseo sexual. También ha hecho que su descendencia sea dependiente de los padres, y ha impulsado a los padres a mantenerla, ando llegar así a la familia, que es como el organismo, sólo que peor, porque sus miembros están más separados, pero también unidos de una forma más consciente y responsable. Todo ello resulta ser, de hecho, un artilugio más para meter el Amor.

Ahora viene lo bueno del asunto. El Enemigo describió a la pareja casada como ‘una sola carne’. No dijo ‘una pareja felizmente casada’, ni ‘una pareja que se casó porque estaba enamorada’, pero se puede conseguir que los humanos no tengan eso en cuenta. También se le puede hacer olvidar que el hombre al que llaman Pablo no lo limitó a las parejas *casadas*. Para Él, la mera copulación da lugar a ‘una sola carne’. De esta forma, se puede conseguir que los humanos acepten como elogios retóricos del ‘enamoramamiento’ lo que eran, de hecho, simples descripciones del verdadero significado de las relaciones sexuales. Lo cierto es que siempre que un hombre yace con una mujer, les guste o no, se establece entre ellos una relación trascendente que debe ser eternamente disfrutada o eternamente soportada. A partir de la afirmación verdadera de que esta relación, trascendente, estaba prevista para producir – y, si se aborda obedientemente, lo *hará* con demasiada frecuencia –el afecto y la familia, se

puede hacer que los humanos infieran la falsa creencia de que la mezcla de afecto, temor y deseo que llaman ‘estar enamorados’ es lo único que hace feliz o santo al matrimonio. El error es fácil de provocar, porque ‘enamorarse’ es algo que con mucha frecuencia, en Europa occidental, prende matrimonios contraídos en obediencia a los propósitos del Enemigo, esto es, con la intención de la fidelidad, la fertilidad y la buena voluntad; al igual que la emoción religiosa muy a menudo, pero no siempre, acompaña a la conversión. En otras palabras, los humanos deben ser inducidos a considerar como la base del matrimonio una versión muy coloreada y distorsionada de algo que el Enemigo realmente promete como su resultado. Esto tiene dos ventajas. En primer lugar, a los humanos que no tienen el don de la continencia se les puede disuadir de buscar en el matrimonio una solución, porque no se sienten ‘enamorados’ y, gracias a nosotros la idea de casarse por cualquier otro motivo les parece vil y cínica. Sí, eso piensan. Consideran el propósito de ser fieles a una sociedad de ayuda mutua, para la conservación de la castidad y para la trasmisión de la vida, como algo inferior que una tempestad de emoción. (No olvides hacer que tu hombre piense que la ceremonia nupcial es muy ofensiva). En segundo lugar, cualquier infatuación sexual, mientras se proponga el matrimonio como fin, será considerada ‘amor’, y el ‘amor’ será usado para excusar al hombre de toda culpa, y para protegerle de todas las consecuencias de casarse con una pagana, una idiota o una libertina. Pero ya seguiré en mi próxima carta.

XIX. ¿Qué pretende Dios con amar a los hombres? Dios se inventó el amor desinteresado. Cómo tentar: ascetismo altivo, una sexualidad deshumanizada, que el “Amor” es irresistible e intrínsecamente meritorio, adulterios ‘nobles’, románticos y trágicos, o un matrimonio útil. El enamoramiento una ocasión que tanto nosotros como Dios pretende explotar.

... Si como he explicado claramente todos los seres, por su propia naturaleza, se hacen la competencia, y, por tanto, la idea del Amor del Enemigo es una contradicción en sus términos, ¿qué pasa con mi reiterada advertencia de que Él realmente ama a los gusanos humanos y realmente desea su libertad y su existencia continua?...

La verdad es que, por mero descuido, tuve el desliz de decir que el Enemigo ama realmente a los humanos. Lo cual, naturalmente, es imposible. Él es un ser; ellos son diferentes, y su bien no puede ser el de Él. Toda Su palabrería acerca del Amor debe ser un disfraz de otra cosa; debe tener algún motivo *real* para crearlos y ocuparse tanto de ellos. La razón por la que uno llega a hablar como si Él sintiese realmente este Amor imposible es nuestra incapacidad para descubrir ese motivo real. ¿Qué pretende conseguir de ellos? Esa es la cuestión insoluble. No creo que pueda hacer daño a nadie que te diga que precisamente este problema fue una de las causas principales de la disputa de Nuestro Padre con el Enemigo. Cuando se disintió por primera vez la creación del hombre y cuando incluso en esa fase, el Enemigo confesó abiertamente que preveía un cierto episodio referente a una cruz. Nuestro Padre, muy lógicamente, solicitó una entrevista y pidió una explicación. El Enemigo no dio más respuesta que inventarse el camelo sobre el Amor desinteresado que desde entonces ha hecho desplegar. Naturalmente Nuestro Padre no podía aceptar esto. Imploró al Enemigo que pusiese Sus cartas sobre la mesa, y Le dio todas las oportunidades posibles. Admitió que tenía verdadera necesidad de conocer el secreto; el Enemigo le replicó: ‘Quisiera con todo mi corazón que lo conocieses’. Me imagino que fue en ese momento de la entrevista cuando el disgusto de Nuestro Padre por tan injustificada falta de confianza le hizo alejarse a una distancia infinita de Su Presencia, con una rapidez que ha dado lugar a la ridícula historia enemiga de que fue expulsado, a la fuerza, el Cielo. Desde entonces, hemos empezado a comprender por qué Nuestro Opressor fue tan reservado. Su trono depende el secreto. Algunos miembros de Su partido han admitido con frecuencia que, si alguna vez llegásemos a comprender qué entiende Él por Amor, la guerra terminaría y volveríamos a entrar en el Cielo. Y en esto consiste la gran tarea. Sabemos que Él no

puede amar realmente: nadie puede: no tiene sentido. ¡Si tan sólo pudiésemos averiguar qué es lo que *realmente* se propone! Hemos probado hipótesis tras hipótesis, y todavía no hemos podido descubrirlo. Sin embargo, no debemos perder nunca la esperanza; tendrías más y más complicadas, colecciones de datos más y más completas, mayores recompensas a los investigadores que hagan algún progreso, castigos más y más terribles para aquellos que fracasen, todo esto, seguido y acelerado hasta el mismo fin del tiempo, no puede, seguramente, dejar de tener éxito.

Te quejas de que mi última carta no deja claro si considero el ‘enamoramiento’ como un estado deseable para un humano o no. Pero Orugario, de verdad, ¡ése es el tipo de pregunta que uno espera que hagan *ellos*! Déjales discutir si el Amor, o el patriotismo, o el celibato, o las velas en los altares, o la abstinencia del alcohol, o la educación, son ‘buenos’ o ‘malos’. ¿No te das cuenta de que no hay respuesta? Nada importa lo más mínimo, excepto la tendencia de un estado de ánimo dado, en unas circunstancias dadas, a mover a un paciente particular, en un momento particular, hacia el Enemigo o hacia nosotros. En consecuencia, sería muy conveniente hacer que el paciente decidiese que el Amor es ‘bueno’ o ‘malo’. Si se trata de un hombre arrogante, con un desprecio por el cuerpo basado realmente en la exquisitez, pero que él confunde con la pureza –y un hombre que disfruta mofándose de aquello que la mayor parte de sus semejantes aprueban-, desde luego déjale decidirse en contra del Amor. Incúlcale un ascetismo altivo y luego, cuando hayas separado su sexualidad de todo aquello que podría humanizarla, cae sobre él con una forma mucho más brutal y cínica de la sexualidad. Si, por el contrario, se trata de un hombre emotivo, crédulo, aliméntale de poetas menores y de novelistas de quinta fila, de la vieja escuela, hasta que le hayas hecho creer que el ‘Amor’ es irresistible y además, de algún modo, intrínsecamente meritorio. Esta creencia no es de mucha utilidad, te lo garantizo, para provocar faltas casuales de castidad; pero es una receta incomparable para conseguir prolongados adulterios ‘nobles’, románticos y trágicos, que terminan, si todo marcha bien, en asesinatos y suicidios. Si falla eso se puede utilizar para empujar al paciente a un matrimonio útil. Porque el matrimonio, aunque sea un invento del Enemigo, tiene sus usos. Debe haber varias mujeres jóvenes en el barrio de tu paciente que harían extremadamente difícil para él la vida cristiana, si tan sólo lograsen persuadirle de que se casase con una de ellas. Por favor, envíame un informe sobre esto la próxima vez que me escribas. Mientras tanto, que te quede bien claro que este estado de *enamoramiento* no es, en sí, necesariamente favorable ni para nosotros ni para el otro bando. Es, simplemente, una ocasión que tanto nosotros como el Enemigo tratamos de explotar. Como la mayor parte de las cosas que excitan a los humanos, tales como la salud y la enfermedad, la vejez y la juventud o la guerra y la paz, desde el punto de vista espiritual es, sobre todo, materia prima.

XX. CASTIDAD. Persuadirle que la castidad es poco sana. Si no puedes hacerlo licencioso puedes hacerlo que pretenda un matrimonio conveniente. Producir en cada época, lo que pudiera llamarse el ‘gusto’ sexual. Esto lo consiguen trabajando con el pequeño círculo de artistas populares, modistas, actrices y anunciadores que determinan el tipo que se considera ‘de moda’. La moda y permisividad de la sociedad. Orientar los deseos a algo que no existe.

... tal como están las cosas, ahora tu hombre ha descubierto la peligrosa verdad de que estos ataques no duran para siempre; en consecuencia, no puedes volver a usar la que, después de todo, es nuestra mejor arma: la creencia de los humanos ignorantes de que no hay esperanza de librarse de nosotros, excepto rindiéndose. Supongo que habrás tratado de persuadirle de que la castidad es poco sana, ¿no? Todavía no he recibido un informe tuyo acerca de las mujeres jóvenes de la vecindad. Lo querría de inmediato, porque si no podemos servirnos de su sexualidad para hacerle licencioso, debemos tratar de usarla para promover un matrimonio conveniente. Mientras tanto me gustaría darte algunas ideas acerca del tipo de mujer –me refiero al tipo físico- del que debemos incitarle a enamorarse, si un ‘enamoramiento’ es lo más que podemos conseguir.

... Es trabajo de estos grandes maestros el producir en cada época una desviación general de lo que pudiera llamarse el ‘gusto’ sexual. Esto lo consiguen trabajando con el pequeño círculo de artistas populares, modistas, actrices y anunciadores que determinan el tipo que se considera ‘de moda’. Su propósito es apartar a cada sexo de los miembros del otro con quienes serían más probables matrimonios más espiritualmente útiles, felices y fértiles. Así, hemos triunfado ya durante muchos siglos sobre la naturaleza, hasta el punto de hacer desagradables para casi todas las mujeres ciertas

características secundarias del varón (como la barba); y esto es más importante de lo que podrías suponer. Son respecto al gusto masculino, hemos variado mucho. En una época lo dirigimos al tipo de belleza estatuesco y aristocrático, mezclando la vanidad de los hombres con sus deseos, y estimulando a la raza a engendrar, sobre todo, de las mujeres más arrogantes y pródigas. En otra época, seleccionamos un tipo exageradamente femenino, pálido... Actualmente vamos en dirección contraria. La era del *jazz* ha sucedido a la era del vals, y ahora enseñamos a los hombres a que les gusten mujeres cuyos cuerpos apenas se pueden distinguir de los de los muchachos. Como éste es un tipo de belleza todavía más pasajero que la mayoría, así acentuamos el crónico horror a envejecer de la mujer (con muchos excelentes resultados), y la hacemos menos deseosa y capaz de tener niños. Y eso no es todo. Nos las hemos arreglado para conseguir un gran incremento en la licencia que la sociedad permite a la representación del desnudo aparente (no del verdadero desnudo) en el arte, y a su exhibición en el escenario o en la playa. Es una falsificación, por supuesto, los cuerpos del arte popular están engañosamente dibujados... Pero al mismo tiempo, se le enseña al mundo moderno a creer que es muy 'franco' y 'sano', y que está volviendo a la naturaleza. en consecuencia, estamos orientando cada vez, más los deseos de los hombres hacia algo que no existe; haciendo cada vez más importante el papel del ojo en la sexualidad y, al mismo tiempo, haciendo sus exigencias cada vez más imposibles. ¡Es fácil prever el resultado!

... Descubrirás, si examinas cuidadosamente el corazón de cualquier humano, que está obsesionado, al menos, por dos mujeres imaginarias: una Venus terrenal, y otra infernal; que su deseo varía cualitativamente de acuerdo con su objeto. Hay un tipo por el cual su deseo es naturalmente sumiso al Enemigo –fácilmente mezclable con la caridad, obediente al matrimonio, totalmente coloreado por esa luz dorada de respeto y naturalidad...-; hay otro tipo que desea brutalmente, y que desea desear brutalmente, un tipo que se utiliza mejor para apartarle del matrimonio pero que, incluso dentro del matrimonio tendería a tratar como a una esclava, un ídolo o una cómplice. Su amor por el primer tipo podría tener algo de lo que el Enemigo llama maldad, pero sólo accidentalmente; el hombre desearía que ella no fuese la mujer de otro, y lamentaría no poder amarla lícitamente. Pero con el segundo tipo, lo que quiere es sentir el mal, que es el 'sabor' que busca: lo que le atrae es, en su rostro, la animalidad visible, o la mohína, o la destreza, o la crueldad; y, en su cuerpo, algo muy diferente de lo que suele llamar belleza, algo que puede incluso, en un momento de lucidez, describir como fealdad, pero que, por nuestro arte, podemos conseguir que incida en su obsesión particular.

La verdadera utilidad de la Venus infernal es, sin duda, como prostituta o amante. Pero si tu hombre es un cristiano, y si se le han enseñado bien las tonterías sobre el 'Amor' irresistible y que lo justifica todo, a menudo se le puede inducir a que se case con ella. Y eso es algo que vale la pena conseguir. Habrás fracasado con respecto a la fornicación y a los vicios solitarios, pero hay otros, y más indirectos medios de servirse de la sexualidad de un hombre para lograr su perdición. Y, por cierto, no sólo son eficaces, si no deliciosos; la infelicidad que producen es de una clase muy duradera y exquisita.

XXI. Cuantas más exigencias a la vida puedas lograr que haga el paciente, más a menudo se sentirá ofendido: el mal humor. "Mi tiempo es mío": hay que estimular el sentimiento de propiedad. ¡Que son propietarios de sus cuerpos! "Mis botas", "mi Dios".

... debes preparar el camino para tu ataque moral nublando su inteligencia.

A los hombres no les irrita la mera desgracia, sino la desgracia que consideran una afrenta. Y la sensación de ofensa depende del sentimiento de que una pretensión legítima les ha sido denegada. Por tanto, cuantas más exigencias a la vida puedas lograr que haga el paciente, más a menudo se sentirá ofendido y, en consecuencia de mal humor. Habrás observado que nada le enfurece tan fácilmente como encontrarse con que contaba con tener a su disposición le ha sido arrebatado de improviso. Lo que le saca de quicio es el visitante inesperado... Le irritan porque considera su tiempo como propiedad suya, y siente que se lo están robando. Debes, por tanto, conservar en su cabeza la curiosa suposición: 'Mi tiempo es mío'. Déjale tener la sensación de que empieza cada día como legítimo dueño de 24 horas. Haz que considere como una penosa carga la parte de esta propiedad que tiene que entregar a sus patrones, y como una generosa donación aquella parte adicional que asigna a sus deberes religiosos...

Esta es una tarea delicada. La suposición que quieres que siga haciendo es tan absurda que si alguna vez se pone en duda, ni siquiera nosotros podemos encontrar el menor argumento en su defensa. El hombre no puede ni hacer ni retener un instante de tiempo; todo el tiempo es puro regalo...

El sentimiento de propiedad debe siempre estimularse. Los humanos siempre están reclamando propiedades que resultan igualmente ridículas en el Cielo y en el infierno, y debemos conseguir que lo sigan haciendo. Gran parte de la resistencia moderna a la castidad procede de la creencia de que los hombres son 'propietarios' de sus cuerpos...

Damos lugar a este sentimiento de propiedad no sólo por medio de orgullo, sino también por medio de la confusión. Les enseñamos a no notar los diferentes sentidos el pronombre posesivo: las diferencias minuciosamente graduadas que van desde 'mis botas', pasando por 'mi perro', 'mi criado', 'mi época', 'mi padre', 'mi señor' y 'mi patria', hasta 'mi Dios'. Se les puede enseñar a reducir todos estos sentidos al de 'mis botas', el 'mi' de propiedad. Incluso en el jardín de infancia se le puede enseñar a un niño a referirse, por 'mi osito', no al viejo e imaginado receptor de afecto, con el que mantiene una relación especial (porque eso es lo que les enseñará a querer decir el Enemigo, si no tenemos cuidado), sino al oso 'que puedo hacer pedazos si quiero'. Y, al otro extremo de la escala, hemos enseñado a los hombres a decir 'mi Dios' en un sentido muy diferente del de 'mis botas', significando 'el Dios al que tengo algo que exigir a cambio de mis distinguidos servicios y a quien exploto desde el púlpito..., el Dios en el que me he hecho un rincón'.

Y, durante todo este tiempo, lo divertido es que la palabra 'mío', en su sentido plenamente posesivo, no puede pronunciarla un ser humano a propósito de nada. A la larga, o Nuestro Padre, o el Enemigo dirán 'mío' de todo lo que existe, y en especial de todos los hombres. Ya descubrirás al final, no temas, a quien pertenecen realmente su tiempo, sus almas y sus cuerpos; desde luego, no a *ellos*, pase lo que pase. En la actualidad el Enemigo dice 'mío' acerca de todo, con la pedante excusa legalista de que Él lo hizo. Nuestro Padre espera decir 'mío' de todo al final, con la base más realista y dinámica de haberlo conquistado.

XXII Dios en el fondo es un hedonista. ¿Qué hay detrás del amor desinteresado? El Cielo: música y silencio; el Infierno: ruido.

XXIII. JESÚS HISTÓRICO. Primero, según pautas liberales y humanitarias; ahora según pautas marxistas y revolucionarias: 1º) Todos esos jesuses históricos son ahistóricos; 2º) Tiene que ser 'un gran hombre'; 3º) Destruir la vida devocional: te quedas con un líder aprobado por un partido y luego con un personaje destacado por un historiador; 4º) Nadie se ve arrastrado hacia Jesús por la mera biografía. Sólo un hecho (la Resurrección) y una doctrina (la Redención) actuando sobre el sentimiento del pecado. Cristianismo y política: hacer del cristianismo un medio para la justicia social. Pero Dios no se deja usar como instrumento.

A través de esta chica y de su repugnante familia, el paciente está conociendo ahora cada vez a más cristianos, y además cristianos muy inteligentes. Durante mucho tiempo va a ser imposible *extirpar* la espiritualidad de su vida. Muy bien; entonces debemos *corromperla*. Sin duda, habrás practicado a menudo el transformarte en un ángel de la luz, como ejercicio de pista. Ahora es el momento de hacerlo delante del Enemigo. El Mundo y la Carne nos han fallado; queda un tercer Poder. Y este tercer tipo de éxito es el más glorioso de todos. Un santo echado a perder, un fariseo, un inquisidor, o un brujo, es considerado en el Infierno como una mejor pieza cobrada que un tirano o un disoluto corriente.

Pasando revista a los nuevos amigos de tu paciente, creo que el mejor punto de ataque sería la línea entre la teología y la política. Varios de sus nuevos amigos son muy conscientes de las implicaciones sociales de su religión. Ese, en sí mismo, es malo; pero puede aprovecharse en nuestra ventaja.

Descubrirás que muchos escritores políticos cristianos piensan que el cristianismo empezó a deteriorarse, y a apartarse de la doctrina de su Fundador, muy temprano. Debemos usar esta idea para estimular una vez más la idea de ‘Jesús histórico’, que puede encontrarse apartando posteriores ‘añadidos y perversiones’, y que debe luego compararse con toda la tradición cristiana. En la última generación promovimos la construcción de uno de estos ‘Jesuses históricos’ según pautas liberales y humanitarias; ahora estamos ofreciendo un ‘Jesús histórico’ según pautas marxistas, catastrofistas y revolucionarias. Las ventajas de estas construcciones, que nos proponemos cambiar cada 30 años o así, son múltiples. En primer lugar, todas ellas tienden a orientar la devoción de los hombres hacia algo que no existe, porque todos estos ‘Jesuses históricos’ son ahistóricos. Los documentos dicen lo que dicen, y no puede añadirseles nada; cada nuevo ‘Jesús histórico’, por tanto, ha de ser extraído de ellos, suprimiendo unas cosas y exagerando otras, y por ese tipo de *deducciones (brillantes* es el adjetivo que les enseñamos a los humanos a aplicarles) por las que nadie arriesgaría cinco monedas en la vida normal, pero que basta para producir una cosecha de nuevos Napoleones, nuevos Shakespeares y nuevos... en la lista de otoño de cada editorial. En segundo lugar, todas estas construcciones depositan la importancia de su ‘Jesús histórico’ en alguna peculiar teoría que se supone Él ha promulgado. Tiene que ser un ‘gran hombre’ en el sentido moderno de la palabra, es decir, situado en el extremo de alguna línea de pensamiento centrífuga y desequilibrada: un chiflado que vende una panacea. Así distraemos la mente de los hombres de quien Él es y de lo que Él hizo. Primero hacemos de Él tan sólo un maestro, y luego ocultamos la muy sustancial concordancia existente entre Sus enseñanzas y las de todos los demás grandes maestros morales. Porque a los humanos no se les debe permitir notar que todos los grandes moralistas son enviados por el Enemigo, no para informar a los hombres, sino para recordarles, para reafirmar contra nuestra continua ocultación las primigenias vulgaridades morales. Nosotros creamos a los sofistas; Él creó un Sócrates para responderles. Nuestro tercer objetivo es, por medio de estas construcciones, destruir la vida devocional. Nosotros sustituimos la presencia real del Enemigo, que de otro modo los hombres experimentan en la oración y en los sacramentos, por una figura meramente probable, remota, sombría y grosera, que hablaba un extraño lenguaje y que murió hace mucho tiempo. Un objeto así no puede, de hecho, ser adorado. En lugar del Creador adorado por su criatura, pronto tienes meramente un líder aclamado por un partidario, y finalmente un personaje destacado, aprobado por un sensato historiador. Y en cuarto lugar, además de ser ahistórica en el Jesús que describe, esta clase de religión es contraria a la historia en otro sentido. Ninguna noción y pocos individuos, se ven arrastrados realmente al campo del Enemigo por el estudio histórico de la biografía de Jesús, como mera biografía. De hecho, a los hombres se les ha privado del material necesario para una biografía completa. Los primeros conversos fueron convertidos por un solo hecho histórico (la Resurrección) y una sola doctrina teológica (la Redención), actuando sobre un sentimiento del pecado que ya tenían; y un pecado no contra una ley inventada como una novedad por un ‘gran hombre’, sino contra la vieja y tópica ley moral universal que les había sido enseñada por sus niñeras y madres. Los Evangelios vienen después, y fueron escritos, no para hacer cristianos, sino para edificar a los cristianos ya hechos.

El ‘Jesús histórico’, pues, por peligroso que pueda parecer para nosotros en alguna ocasión particular, debe ser siempre estimulado. Con respecto a la conexión general entre el cristianismo y la política, nuestra posición es más delicada. Por supuesto, no queremos que los hombres dejen que su cristianismo influya en su vida política, porque el establecimiento de algo parecido a una sociedad verdaderamente justa sería una catástrofe de primera magnitud. Por otra parte, queremos, y mucho, hacer que los hombres consideren el cristianismo como un medio; preferentemente, claro, como un medio para su propia promoción; pero, a falta de eso, como un medio para cualquier cosa, incluso la justicia social.

Lo que hay que hacer es conseguir que un hombre valore, al principio, la justicia social como algo que el Enemigo exige, y luego conducirlo a una etapa en la que valore el cristianismo porque puede dar lugar a la justicia social. Porque el Enemigo no se deja usar como un instrumento. Los hombres o las naciones que creen que pueden reavivar la fe con el fin de hacer una buena sociedad podrían, para eso, pensar que pueden usar las escaleras del Cielo como un atajo a la farmacia más próxima. Por fortuna, es bastante fácil convencer a los humanos de que hagan eso. Hoy mismo he descubierto en un escritor cristiano un pasaje en el que recomienda su propia versión de cristianismo con la excusa de que ‘sólo una fe así puede sobrevivir a la muerte de viejas culturas y al nacimiento de nuevas civilizaciones’. ¿Ves la pequeña discrepancia? ‘Creed esto, no porque sea cierto, sino por alguna otra razón’. Ese es el juego.

XXIV. El Orgullo espiritual:”¿Qué distintos somos los cristianos!”, mi ‘grupo’. Que adopte un aire de *diversión* ante las cosas que dicen los no creyentes. Lo que importa es hacer del cristianismo una religión misteriosa en la que se sienta una de los iniciados.

Me he estado escribiendo con Suburbiano, que tiene a su cargo la joven de tu paciente; y empiezo a ver su punto débil. Es un pequeño vicio que no llama la atención y que comparte con casi todas las mujeres que se han criado en un círculo inteligente y unido por una creencia claramente definida; consiste en la suposición, completamente inconsciente, de que los extraños que no comparten esta creencia son realmente demasiado estúpidos y ridículos. Los hombres que suelen tratar a estos extraños, no tienen este sentimiento; su confianza, si son confiados, es de otra clase. La de ella, que ella cree debida a la fe, en realidad se debe en gran parte al mero contagio de su entorno. No es, de hecho, e la convicción que tendría, a los 10 años de edad, de que el tipo de cuchillos de pescado que se usaban en la casa de su padre eran del tipo adecuado, o normal, o ‘auténtico’, mientras que los de las familias vecinas que no eran en absoluto ‘auténticos cuchillos de pescado’. Ahora, el elemento de ignorancia e ingenuidad que hay en esta convicción es tan grande, y tan pequeño el elemento de orgullo espiritual que nos da pocas esperanzas respecto a la chica misma. Pero, ¿has pensado cómo puede usarse para influir en tu paciente?

Es siempre el novicio el que exagera. El hombre que ha ascendido en la escala social es demasiado refinado; el joven estudioso es pedante. Tu paciente es un novicio en este nuevo círculo. Está allí a diario, encontrando una calidad de vida cristiana que nunca antes imaginó, y viéndolo todo a través de un cristal encantado, porque está enamorado. Está impaciente (de hecho, el Enemigo se lo ordena) por imitar esta cualidad. ¿Puedes conseguir que *imite* este defecto de su amada, y que lo exagere hasta que lo que era venial en ella resulte, en él, el más poderoso y el más bello de los vicios: el Orgullo Espiritual?

Las condiciones parecen idealmente favorables. El nuevo círculo en el que se encuentra es un círculo del que tiene la tentación de sentirse orgulloso por muchos otros motivos, aparte de su cristianismo. Es un grupo mejor educado, más inteligente y más agradable que ninguno de los que ha conocido hasta ahora. También está un tanto ilusionado en cuanto al lugar que ocupa en él. Bajo la influencia del ‘amor’, puede considerarse todavía indigno de ella, pero está rápidamente dejando de sentirse indigno de los demás. No tiene ni idea cuántas cosas le perdonan porque son caritativos, ni de cuántas le aguantan porque ahora es como de la familia. No se imagina cuánto de su conversación, cuántas de sus opiniones, ellos reconocen como ecos de las suyas. Aún sospecha menos cuánto del gozo que siente con esas personas se debe al encanto erótico que, para él, esparce la chica a su alrededor. Cree que le gusta su conversación y su modo de vida a causa de alguna concordancia entre su estado espiritual y el

suyo, cuando, de hecho, ellos están mucho más allá que él que, si no estuviese enamorado, se sentiría meramente asombrado y repelido por mucho de la que ahora acepta...

Esta es tu ocasión. Mientras que el Enemigo, por medio del amor sexual de unas personas muy simpáticas y muy adelantadas en su servicio, está tirando del joven bárbaro hasta niveles que de otro modo nunca podría haber alcanzado, debes hacerle creer que está encontrando el nivel que le *corresponde*: que esa es su 'clase' de gente y que al llegar a ellos, ha llegado a su hogar. Cuando vuelva de ellos a la compañía de otras personas, las encontrará aburridas; en parte porque casi cualquier compañía a su alcance es, de hecho, mucho menos amena, pero más todavía porque echará de menos el encanto de la joven. Debes enseñarle a confundir este contraste entre el círculo que le encanta y el círculo que le aburre con el contraste entre cristianos y no creyentes. Se le debe hacer sentir (más vale que no lo formule con palabras) '¡qué distintos somos los cristianos!', y por 'nosotros los cristianos' debe referirse, en realidad a 'mi grupo'; y por 'mi grupo' debe entender no 'las personas que por su caridad y humildad, me han aceptado', sino 'las personas con que me asocio por derecho'.

Nuestro éxito en esto se basa, en confundirle. Si tratas de hacerle explícita y reconocidamente orgulloso de ser cristiano, probablemente fracasará; las advertencias del Enemigo son demasiado conocidas. Si, por otra parte, dejas que la idea de 'nosotros los cristianos' desaparezca por completo y meramente le haces autosatisfecho de 'su grupo', producirás no orgullo espiritual sino mera vanidad social, que es, en comparación un inútil e insignificante pecadillo. Lo que necesitas es mantener una furtiva autofelicitación interfiriendo todos sus pensamientos, y no dejarle nunca hacerse la pregunta: '¿De qué precisamente me estoy felicitando? La idea de pertenecer a un círculo interior de estar en un secreto, le es muy grata. Juega con eso: enséñale, usando la influencia de esta chica en sus momentos más tontos, a adoptar un aire de *diversión* ante las cosas que dicen los no creyentes.

Algunas teorías que pueden oír en los modernos círculos cristianos pueden resultar útiles; me refiero a las teorías que basan la esperanza de la sociedad en algún círculo interior de 'funcionarios', en alguna minoría adiestrada de teócratas. No es asunto tuyo si estas teorías son verdaderas o falsas; lo que importa es hacer del cristianismo una religión misteriosa en la que él se sienta uno de los iniciados...

XXV. Es un inconveniente que tu paciente sea *meramente* cristiano. Conviene otro planteamiento: "el cristianismo y... la Crisis, ... la Nueva Psicología. Horror a Lo Mismo de Siempre. Experimentar el cambio es siempre agradable: la absoluta novedad. Esta exigencia reduce el placer mientras aumenta el deseo (Arte, modas: distraer de los verdaderos peligros (en épocas libertinas ir contra el puritanismo). Elevar el amor al cambio, a una filosofía: carácter evolucionista e histórico del pensamiento moderno. A Dios le encantan los tópicos, que los hombres se hagan preguntas muy simples (¿es justo?, ¿es posible?). Nosotros preguntas irrelevantes porque no conocen el futuro. Hemos sustituido lo "inalterado" (descriptivo) por lo "estancado" (emocional).

El verdadero inconveniente del grupo en el que vive tu paciente es que es *meramente* cristiano. Todos tienen intereses individuales, claro, pero su lazo de unión sigue siendo el mero cristianismo. Lo que nos conviene, si es que los hombres se hacen cristianos, es mantenerles en el estado de ánimo que yo llamo 'el cristianismo y...' Ya sabes: el cristianismo y la Crisis, el cristianismo y la Nueva Psicología... Si han de ser cristianos, que al menos sean cristianos con una diferencia. Sustituir la fe misma por alguna moda de tonalidad. Trabajar sobre su horror a Lo Mismo de Siempre.

El horror a Lo Mismo de siempre es una de las pasiones más valiosas que hemos producido en el corazón humano: una fuente sin fin de herejías en lo religioso, de locuras en los

consejos, de infidelidad en el matrimonio, de inconstancia en la amistad. Los humanos viven en el tiempo y experimentan la realidad sucesivamente. Para experimentar gran parte de la realidad, consecuentemente, deben experimentar muchas cosas diferentes; en otras palabras, deben experimentar el cambio. Y ya que necesitan el cambio, el Enemigo (puesto que, en el fondo, es un hedonista) ha hecho que el cambio les resulte agradable al igual que ha hecho que comer sea agradable. Pero como Él no desea que hagan del cambio, ni de comer, un fin en sí mismo, ha contrapesado su amor al cambio con su amor a lo permanente. Se las ha arreglado para gratificar ambos gustos al mismo tiempo en el mundo que Él ha creado, mediante una fusión del cambio y la permanencia que llamamos ritmo. Les da las estaciones, cada una diferente pero cada año las mismas, de tal forma que la primavera resulta siempre una novedad y al mismo tiempo la repetición de un tema inmemorial. Les da, en su Iglesia, un año litúrgico; cambian de un ayuno a un festín, pero es el mismo festín que antes.

Ahora bien, al igual que aislamos y exageramos el placer de comer para producir la glotonería, aislamos y exageramos el natural placer el cambio y lo distorsionamos hasta una exigencia de absoluta novedad. Esta exigencia es enteramente producto de nuestra eficiencia. Si descuidamos nuestra tarea, los hombres no sólo se sentirán satisfechos, sino trasportados por la novedad y familiaridad combinadas de los copos de nieve de este enero, del amanecer de esta mañana... Los niños, hasta que les hayamos enseñado otra cosa, se sentirán perfectamente felices con una ronda de juegos según las estaciones, en la que saltar a la pata coja sucede a las canicas tan regularmente como el otoño sigue al verano. Sólo gracias a nuestros incesantes esfuerzos se mantiene la exigencia de cambios infinitos o arrítmicos.

Esta exigencia es valiosa en varios sentidos. En primer lugar, reduce el placer mientras aumenta el deseo. El placer de la novedad, por su misma naturaleza, está más sujeto que cualquier otro a la ley del rendimiento decreciente. Una novedad continua cuesta dinero, de forma que su deseo implica avaricia o infelicidad, o ambas cosas. Y además, cuanto más ansioso sea este deseo, antes debe engullir todas las fuentes inocentes del placer y pasar a aquellas que el Enemigo prohíbe. Así, exacerbando el horror a lo mismo de siempre, hemos hecho las Artes, por ejemplo, menos peligrosas para nosotros que nunca lo fueron, pues ahora tanto los artistas 'intelectuales' como los 'populares' se ven empujados por igual a cometer nuevos y nuevos excesos de lascivia, sin razón, crueldad y orgullo. Por último, el afán de novedad es indispensable para producir modas o bogas.

La utilidad de las modas en el pensamiento es distraer la atención de los hombres de sus auténticos peligros. Dirigimos la protesta de moda en cada generación contra aquellos vicios de los que está en menos peligro de caer, y fijamos su aprobación en la virtud más próxima a aquel vicio que estamos tratando de hacer endémico. El juego consiste en hacerles correr de un lado a otro con extintores de incendios cuando hay una inundación, y todos amontonándose en el lado del barco que está ya casi con la borda sumergida. Así, ponemos de moda denunciar los peligros del entusiasmo en el momento preciso en que todos se están haciendo mundanos e indiferentes; un siglo después cuando estamos realmente haciendo a todos byronianos y ebrios de emoción, la protesta en boga está dirigida contra los peligros del mero 'entendimiento'. Las épocas crueles son puestas en guardia contra el Sentimentalismo, las casquivanas, y ociosas contra la Respetabilidad, las libertinas contra el Puritanismo; y siempre que todos los hombres realmente están apresurándose a convertirse en esclavos o tiranos, hacemos del Liberalismo la máxima pesadilla.

Pero el mayor triunfo de todos es elevar este horror a Lo Mismo de Siempre a una filosofía, de forma que el sinsentido en el intelecto pueda reforzar la corrupción de la voluntad. Es en este aspecto en el que el carácter Evolucionista o Histórico del moderno pensamiento europeo (en parte obra nuestra) resulta tan útil. Al Enemigo le encantan los tópicos. Acerca de un plan de acción propuesto, Él quiere que los hombres, hasta donde alcanzo a ver, se hagan preguntar muy simple: ¿Es justo? ¿Es prudente? ¿Es posible? Ahora sí podemos mantener a los hombres

preguntándose: ‘¿Está de acuerdo con la tendencia general de nuestra época? ¿Es progresista o reaccionario? ¿Es éste el curso de la Historia?’, olvidarán las preguntas relevantes. Y las preguntas que *se hacen* son, naturalmente incontestables; porque no conocen el futuro, y lo que será el futuro depende en gran parte precisamente de aquellas elecciones en que ellos invocan al futuro para que les ayude a hacerlas. En consecuencia, mientras sus mentes están zumbando en este vacío, tenemos la mejor ocasión para colarnos e inclinarles a la acción que *nosotros* hemos decidido. Y ya se ha hecho muy buen trabajo. En un tiempo, sabían que algunos cambios eran a mejor, y otros a peor, y aun otros indiferentes. Les hemos quitado en gran parte este conocimiento. Hemos sustituido el adjetivo descriptivo ‘inalterado’ por el adjetivo emocional ‘estancado’. Les hemos enseñado a pensar en el futuro como una tierra prometida que alcanzan los héroes privilegiados, no como algo que alcanza todo el mundo al ritmo de 60 minutos cada hora, haga lo que haga, sea quien sea.

XXVI. ¿Traducción?

Si el noviazgo es el momento de sembrar esas semillas que engendrarán, diez años después, el odio doméstico. El encantamiento del deseo insaciado produce resultados que se puede hacer que los humanos confundan con los resultados de la caridad. Aprovechate de la ambigüedad de la palabra ‘Amor’: déjales pensar que han resuelto mediante el amor problemas que de hecho sólo han apartado o pospuesto bajo la influencia de este encantamiento. Mientras dura, tienes la oportunidad de fomentar en secreto los problemas y hacerlos crónicos.

El gran problema es el del ‘desinterés’. Observa, una vez más, el admirable trabajo de la Rama Filológica al sustituir por el negativo desinterés la positiva caridad del Enemigo. Gracias a ello, puedes desde el principio enseñar a un hombre a renunciar a beneficios no para que otros puedan gozar de tenerlos, sino para poder ser ‘desinteresado’ renunciando a ellos. Éste es un gran punto ganado. Otra cosa ayuda, cuando las partes implicadas son hombre y mujer, es la diferencia de opinión que hemos establecido entre los sexos acerca del desinterés. Una mujer entiende por desinterés, principalmente, tomarse molestias por los demás; para un hombre significa no molestar a los demás. En consecuencia, una mujer muy entregada al servicio del Enemigo se convertirá en una molestia mucho mayor que cualquier hombre, excepto aquellos a los que Nuestro Padre ha dominado por completo; e, inversamente, un hombre vivirá durante mucho tiempo en el campo del Enemigo antes de que emprenda tanto trabajo espontáneo para agradar a los demás como el que una mujer completamente corriente puede hacer buenas obras y el hombre respetar los derechos de los demás, cada sexo, sin ninguna falta de razón evidente, puede considerar y considera al otro radicalmente egoísta.

Además de estas confusiones, tú puedes añadir algunas más. El encantamiento erótico produce una mutua complacencia en la que a cada uno le agrada *realmente* ceder a los deseos del otro. También saben que el Enemigo les exige un grado de caridad que, de ser alcanzado, daría lugar a actos similares. Debes hacer que establezcan como una ley para toda su vida de casados ese grado de mutuo sacrificio de sí que actualmente mana espontáneamente del encantamiento, pero que, cuando el encantamiento se desvanezca, no tendrán caridad suficiente para permitirles realizarlo. No verán la trampa, ya que están bajo la doble ceguera de confundir la excitación sexual con la caridad y de pensar que la excitación durará.

Una vez establecida como norma una especie de desinterés oficial, legal o nominal –una regla para cuyo cumplimiento sus recursos emocionales se han desvanecido y sus recursos espirituales aún no han madurado–, se producen los más deliciosos resultados. Al considerar cualquier acción conjunta, resulta obligatorio que A argumenta a favor de los supuestos deseos de B y en contra de los propios, mientras B hace lo contrario., con frecuencia, es imposible averiguar cuáles son los auténticos deseos de cualquiera de las partes; con suerte,

acaban haciendo algo que ninguno quiere, mientras que cada uno siente una agradable sensación de virtuosidad y abriga una secreta exigencia de trato preferencial por el desinterés de que ha dado prueba y un secreto motivo de rencor hacia el otro por la facilidad con que ha aceptado su sacrificio. Más tarde, puedes adentrarte en lo que podría denominarse la Ilusión del Conflicto Generoso. Este juego se juega mejor con más de dos jugadores, por ejemplo en una familia con chicos mayores. Se propone algo completamente trivial, como tomar el té en el jardín. Un miembro de la familia se encarga de dejar bien claro (aunque no con palabras) que preferiría no hacerlo, pero que, por supuesto está dispuesto a hacerlo, por ‘desinterés’. Los demás retiran al instante su propuesta, ostensiblemente a causa de su propio ‘desinterés’, pero en realidad porque no quieren ser utilizados como una especie de maniquí sobre el que el primer interlocutor deje caer altruismos baratos. Pero éste no se va a dejar privar de su orgía de desinterés. Insiste en hacer ‘lo que los otros quieren’. Ellos insisten en hacer lo que él quiere. Los ánimos se caldean. Pronto alguien está diciendo: ‘¡Muy bien, pues entonces no tomaremos té en ningún sitio!’, a lo que sigue una verdadera discusión, con amargo resentimiento por ambos lados. ¿Ves cómo se consigue? Si cada uno hubiese estado defendiendo francamente su verdadero deseo, todos se habrían mantenido dentro de los límites de la razón y la cortesía; pero, precisamente porque la discusión está invertida y cada lado está conteniendo la batalla del otro lado, toda la amargura que realmente fluye de la virtuosidad y la obstinación frustradas y de los motivos de rencor acumulados en los últimos diez años, queda ocultada por el ‘desinterés’ oficial o nominal de lo que están haciendo, o, por lo menos, les sirve como motivo para que se les excuse. Cada lado es, de hecho, plenamente consciente de lo barato que es el desinterés del adversario y de la falsa posición a la que está tratando de empujarles; pero cada uno se las arregla para sentirse irreprochable y abusado, sin más deshonestidad de la que resulta natural en un hombre.

Un humano sensato dijo: ‘Si la gente supiese cuántos malos sentimientos ocasiona el desinterés, no se recomendaría tan a menudo desde el púlpito’; y además: ‘Es el tipo de mujer que vive para los demás: siempre puedes distinguir a los demás por su expresión de acosados.’ Todo esto puede iniciarse incluso en el periodo de noviazgo. Un poco de *auténtico* egoísmo por parte de tu paciente es con frecuencia de menor valor a la larga, para hacerse con su alma, que los primeros comienzos de ese elaborado y consciente desinterés que puede un día florecer en algo como lo que te he descrito. Cierta grado de falsedad mutua, cierta sorpresa de que la chica no siempre note lo desinteresado que está siendo, se pueden meter de contrabando ya. Cuida mucho estas cosas, y, sobre todo, no dejes que los tontos jóvenes se den cuenta de ellas. Si las notan, estarán en camino de descubrir que el ‘amor’ no es bastante, que se necesita caridad y aún no la han alcanzado, y que ninguna ley externa puede suplir su función. Me gustaría que Suburbiano pudiera hacer algo para minar el sentido del ridículo de esa joven.

XXVII. Cualquier cosa (incluso el pecado) que acerque a Dios nos perjudica. En Dios no hay futuro sino un Ahora ilimitado: contemplar a un hombre haciendo algo no es obligarle a hacerlo. Para que los eruditos no adquieran sabiduría, inculcarles el Punto de Vista Histórico. Ante un texto antiguo que nunca se plantee si es verdad sino quién influyó en él... cómo influyó en otros... Considerarlo como una posible fuente de conocimiento, se rechazaría como ingenuo.

Pareces estar consiguiendo muy poco por ahora. La utilidad de su ‘amor’ para distraer su pensamiento del Enemigo es, por supuesto, obvia, pero revelas el pobre uso que estás haciendo de él cuando dices que la cuestión de la distracción y del pensamiento errante se han convertido ahora en uno de los temas principales de sus oraciones. Eso significa que has

fracasado en gran medida. Cuando ésta o cualquier otra distracción cruce su mente, deberías animarle a apartarla por pura fuerza de voluntad y a tratar de proseguir su oración normal como si no hubiese pasado nada; una vez que acepta la distracción como su problema actual y expone eso ante el Enemigo y lo hace el tema principal de sus oraciones y de sus esfuerzos, entonces, lejos de hacer bien, has hecho daño. Cualquier cosa, incluso un pecado, que tenga el efecto final de acercársela Enemigo, nos perjudica a la larga.

Un curso de acción prometedor es el siguiente; ahora que está enamorado, una nueva idea de la felicidad *terrena* ha nacido en su mente; y de ahí una nueva urgencia en sus oraciones de petición: sobre esta guerra y otros asuntos semejantes. Ahora es el momento de suscitar dificultades intelectuales acerca de esta clase de oraciones. La falsa espiritualidad debe estimularse siempre. Con el motivo aparentemente piadoso de que 'la alabanza y la comunión con Dios son la verdadera oración', con frecuencia se puede atraer a los humanos a la desobediencia directa al Enemigo. Quien (en su habitual estilo plano, vulgar, sin interés) les ha dicho claramente que recen por el pan de cada día, interpretada en un 'sentido espiritual', es en el fondo tan vulgarmente de petición como en cualquier otro sentido.

Ya que tu paciente ha contraído el terrible hábito de la obediencia, probablemente seguirá rezando oraciones tan 'vulgares' hagas lo que hagas. Pero puedes preocuparte con la obsesionante sospecha de que tal práctica es absurda y no puede tener resultados objetivos. No olvides usar el razonamiento: 'Cara, yo gano; cruz, tu pierdes'. Si no ocurre lo que él pide, entonces eso es una prueba más de que las oraciones de petición no sirven; si ocurre será capaz, naturalmente de ver algunas de las causas físicas que condujeron a ello, y 'por tanto, hubiese ocurrido de cualquier modo', y así una petición concedida resulta tan buena prueba como una denegada de que la oraciones son indeficientes.

Tú, al ser un espíritu, encontrarás difícil de entender cómo se engaña de este modo. Pero debes recordar que él toma el tiempo por una realidad definitiva. Supone que el Enemigo, como él, ve algunas cosas como presentes, recuerda otras como pasadas, y prevé otras como futuras; o, incluso si cree que el Enemigo no ve las cosas de ese modo, sin embargo, en el fondo de su corazón, considera eso como una particularidad del modo de percepción del Enemigo; no cree realmente (aunque diría que sí) que las cosas son tal como las ve el Enemigo. Si tratases de explicarle que las oraciones de los hombres de hoy son una de las incontables coordinadas con las que el Enemigo armoniza el tiempo que hará mañana, te replicaría que entonces el Enemigo siempre supo que los hombres iban a rezar esas oraciones y, por tanto, no rezaron libremente sino que estaban predestinados a hacerlo. Y añadiría que el tiempo que hará un día dado puede trazarse a través de sus causas hasta la creación originaria de la materia misma, e forma que todo, tanto desde el lado humano como desde el material, está 'dado desde el principio'. Lo que debería decir es, por supuesto, evidente para nosotros: que el problema de adaptar el tiempo particular a las oraciones particulares es meramente la aparición, en dos puntos de su forma de percepción temporal, del problema total de adaptar al universo corporal entero; que la creación en su totalidad actúa en todos los puntos del espacio y del tiempo, o mejor, que su especie de conciencia les obliga a enfrentarse con el acto creador completo y coherente como una serie de acontecimientos sucesivos. *Por qué* ese acto creador deja sitio a su libre voluntad es el problema de los problemas, el secreto oculto tras las tonterías del Enemigo acerca del 'Amor'. *Cómo* lo hace no supone problema alguno, porque el Enemigo no *prevé* a los humanos haciendo sus libres aportaciones en el futuro, sino que los ve haciéndolo en Ahora ilimitado. Y, evidentemente, contemplar a sus hombres haciendo algo no es obligarle a hacerlo.

Si puede replicar que algunos escritores humanos entrometidos, notablemente Boecio, han divulgado este secreto. Pero en el clima intelectual que al fin hemos logrado suscitar por toda la Europa occidental, no debes preocuparte por eso. Sólo los eruditos leen libros antiguos, y nos hemos ocupado ya de los eruditos para que sean de todos los hombres, los que tienen

menos probabilidades de adquirir sabiduría leyéndolos. Hemos conseguido esto inculcándoles el Punto de Vista Histórico. El Punto de Vista Histórico significa, en pocas palabras, que cuando a un erudito se le presenta una afirmación de un autor antiguo, la única cuestión que nunca se plantea es si es verdad. Se pregunta quién influyó en el antiguo escritor y, hasta qué punto su afirmación es consistente con lo que dijo en otros libros, y qué etapa de la evolución del escritor, o de la historia general del pensamiento, ilustra, y cómo afectó a los escritores posteriores, y con qué frecuencia ha sido mal interpretado (en especial por los propios colegas del erudito) y cuál ha sido la marcha general de su crítica durante los últimos diez años, y cuál es el 'estado actual de la cuestión'. Considerar al escritor antiguo como una posible fuente de conocimiento –presumir que lo que dijo podría tal vez modificar los pensamientos o el comportamiento de uno-, sería rechazable como algo indeciblemente ingenuo. Y puesto que no podemos engañar indefinidamente a toda la raza humana, resulta de la máxima importancia aislar así a cada generación de las demás; porque cuando el conocimiento circula libremente entre unas épocas y otras, existe siempre el peligro de que los errores característicos de una puedan ser corregidos por las verdades características de otra. Pero, gracias a Nuestro Padre y al Punto de Vista Histórico, los grandes sabios están ahora tan poco nutridos por el pasado como el más ignorante mecánico que mantiene que la historia es un absurdo.

XXVIII. PROSPERIDAD – MUNDO. La rutina de la adversidad, la gradual decadencia de los amores juveniles proporciona oportunidades para desgastarlo por agotamiento. Pero la prosperidad une al hombre al Mundo... 'Se siente a gusto en la Tierra. Convencer a los jóvenes que la Tierra puede convertirse en Cielo en el futuro por la Política y la Ciencia.

... Así, me cuentas con alegría que hay motivos para esperar intensos ataques aéreos sobre la ciudad donde vive tu paciente. Este es un ejemplo atroz de algo acerca de lo que ya me he lamentado: la facilidad con que olvidas la finalidad principal de tu goce inmediato del sufrimiento humano... El Enemigo le ha protegido de ti durante la primera gran oleada de tentaciones. Pero, sólo con que se le pueda mantener vivo, tendrás al tiempo mismo como aliado tuyo. Los largos, aburridos y monótonos años de prosperidad en la edad madura o de adversidad en la misma edad son un excelente tiempo de combate. Es tan difícil para estas criaturas el *perseverar*... La rutina de la adversidad, la gradual decadencia de los amores juveniles y de las esperanzas juveniles, la callada desesperación (apenas sentida como dolorosa) e superar alguna vez las tentaciones crónicas con que una y otra vez les hemos derrotado, la tristeza que creamos en sus vidas, y el resentimiento incoherente con que les enseñamos a reaccionar a ella, todo esto proporciona admirables oportunidades para desgastar un alma por agotamiento. Si, por el contrario, su edad madura resulta próspera, nuestra posición es aún más sólida. La prosperidad une a un hombre al Mundo. Siente que está 'encontrando su lugar el él', cuando en realidad el Mundo está encontrando su lugar en él. Su creciente prestigio, su cada vez más amplio círculo de conocidos, la creciente presión de un trabajo absorbente y agradable, construyen en su interior una sensación de estar realmente a gusto en la Tierra, que es precisamente lo que nos conviene. Notarás que los jóvenes suelen generalmente resistirse menos a morir que los maduros y los viejos.

Lo cierto es que el Enemigo, tras haber extrañamente destinado a estos meros animales a la Vida de Su propio mundo eterno, le ha protegido bastante eficazmente el peligro de sentirse a gusto en cualquier otro sitio. Por eso debemos con frecuencia desear una larga vida a nuestros pacientes; en 70 años no sobra un día para la difícil tarea de desenmarañar sus almas del Cielo y edificar una firme atadura a la Tierra. Mientras son jóvenes, siempre los encontramos saliéndose por la tangente. Incluso si nos los arreglamos para mantenerlos ignorantes de la

religión explícita, los imprevisibles vientos de la fantasía, la música y la poesía –el mero rostro de una muchacha, en canto de un pájaro, o la visión de un horizonte- siempre están volando por los aires toda nuestra estructura. No se dedicarán firmemente al progreso humano, ni a las relaciones prudentes, ni a la política de seguridad ante todo. Su apetito del Cielo es tan empedernido que nuestro mejor método, en esta etapa, para atarles a la Tierra es hacerles creer que la Tierra puede ser convertida en el Cielo en alguna fecha futura por la política o la eugenesia o la ‘ciencia’ o la psicología o cualquier cosa. La verdadera mundanidad es obra del tiempo, ayudado, naturalmente, por el orgullo, porque les enseñamos a describir la muerte que *avanza*, arrastrándose como Buen Sentido o Madurez o Experiencia. La *experiencia*, en el peculiar sentido que les enseñamos a darle, es, por cierto, una palabra de gran utilidad. Un gran filósofo humano casi reveló nuestro secreto cuando dijo que en lo referente a la Virtud, ‘la experiencia es la madre de la ilusión’, pero gracias a un cambio de moda, y gracias también, por supuesto, al Punto de Vista Histórico, hemos hecho prácticamente inofensivo su libro.

Puede calcularse lo inapreciable que es el tiempo para nosotros por el hecho de que el Enemigo nos conceda tan poco. La mayor parte de la raza humana muere en la infancia; de los supervivientes, muchos mueren en la juventud. Es obvio que para Él el nacimiento humano es importante sobre todo como forma de hacer posible la muerte humana, y la muerte como pórtico a esa otra clase de vida. Se nos permite trabajar únicamente sobre una minoría selecta de la raza, porque lo que los humanos llaman una ‘vida normal’ es la excepción. Al parecer, Él quiere algunos –pero sólo muy pocos- de los animales humanos con que está poblando el Cielo hayan tenido la experiencia de resistirnos a lo largo de una vida terrenal de sesenta o setenta años...

XXIX. Para que un hombre sea malo necesita alguna virtud, pero no hemos descubierto cómo producir ninguna virtud. En la situación de guerra coordinar el odio con el miedo. Cuanto más miedo tenga más odiará. Inculcar la cobardía provoca conocimiento de sí mismo > humildad > moral. En la paz podemos hacer que ignoren el bien y el mal. El valor, la forma de todas las virtudes en su punto de prueba, es decir, de máxima realidad. El acto de cobardía es lo que importa.

Ahora que es seguro que los humanos alemanes van a bombardear la ciudad de tu paciente y que sus obligaciones le van a mantener en el lugar de máximo peligro, debemos pensar nuestra política. ¿Hemos de tomar por objetivo la cobardía o el valor, con el orgullo consiguiente... o el odio a los alemanes?

Bueno, me temo que es inútil tratar de hacer la valiente. Nuestro Departamento de Investigación no ha descubierto todavía (aunque el éxito se espera cada hora) cómo producir *ninguna* virtud. ¿Qué hubiera sido Atila sin su valor, o Shylok sin abnegación en lo que se refiere a la carne? Pero como no podemos suministrar esas cualidades nosotros mismos, sólo podemos estilizarlas cuando las suministra el Enemigo; y esto significa dejarle a Él una especie de asidera en aquellos hombres que, de otro modo, hemos hecho más totalmente nuestros...

El odio podemos conseguirlo. La tensión de los nervios humanos en medio del ruido, el peligro y la fatiga les hace propensos a cualquier emoción violenta, y sólo es cuestión de guiar esta susceptibilidad por los conductos adecuados. Si en conciencia se resiste, atúrdele. Déjale decir que siente odio no por él, sino en nombre de las mujeres y los niños, y que a un cristiano le dicen que perdona a sus propios enemigos, no a los de otras personas. En otras palabras, déjale considerarse lo bastante identificado con las mujeres y los niños como para sentir odio

en su nombre, pero *no lo* bastante identificado como para considerar a los enemigos de éstos como propios y, en consecuencia, como merecedores de su perdón.

Pero es mejor combinar el odio con el miedo. De todos los vicios, sólo la cobardía es puramente dolorosa: horrible de anticipar, horrible de sentir, horrible de recordar; el odio tiene sus placeres. En consecuencia, el odio es a menudo la *compensación* mediante la que un hombre asustado se resarce de los sufrimientos del miedo. Cuanto más miedo tenga, más odiará. Y el odio es también un antídoto de la vergüenza. Por tanto para hacer una herida profunda en su caridad, primero debes vencer su valor.

Ahora bien. Esto es un asunto peliagudo. Hemos hecho que los hombres se enorgullecen de la mayor parte de los vicios, pero no de la cobardía. Cada vez que hemos estado a punto de lograrlo, el Enemigo permite una guerra o un terremoto o cualquier otra calamidad, y al instante el valor resulta tan obviamente encantador e importante, incluso a los ojos de los humanos, que toda nuestra labor es arruinada, y todavía queda un vicio del que sienten auténtica vergüenza. El peligro de inculcar la cobardía a nuestros pacientes, por tanto, estriba en que provocamos verdadero conocimiento de sí mismos y verdadero autodesprecio, con el arrepentimiento y la humildad consiguiente. Y, de hecho, durante la última guerra, miles de humanos, al descubrir su cobardía, descubrieron la moral por primera vez. En la paz, podemos hacer que muchos de ellos ignoren por completo el bien y el mal. En peligro, la cuestión se les plantea de tal forma en la que ni siquiera nosotros podemos cegarles. Esto supone un cruel dilema para nosotros. Si fomentásemos la justicia la caridad entre los hombres, le haríamos el juego directamente al Enemigo; pero si les conducimos al comportamiento opuesto, esto produce antes o después (porque Él permite que lo produzca) una guerra o una revolución, y la ineludible alternativa entre la cobardía y el valor despierta a miles de hombre del letargo moral.

Ésta es, de hecho, una de las razones del Enemigo para crear un mundo peligroso, un mundo en el que las cuestiones morales se plantean a fondo. Él ve tan bien como tú que el valor no es precisamente *una* de las virtudes, sino la forma de toos las virtudes en su punto de prueba, lo que significa en el punto de máxima realidad. Una castidad o una honradez o una piedad que cede ante el peligro será casta u honrada o piadosa sólo con condiciones. Pilatos fue piadoso hasta que resultó arriesgado.

Es posible, por tanto, perder tanto como ganamos haciendo de tu hombre un cobarde: ¡puede aprender demasiado de sí mismo! Siempre existe la posibilidad, claro está, no de cloroformizar la vergüenza, sino de agudizarla y provocar la desesperación. Esto sería un gran triunfo. Demostraría que había creído en el perdón de sus pecados por el Enemigo, y que lo había aceptado, sólo porque él mismo no sentía completamente su pecaminosidad; que con respecto al único vicio cuya completa profundidad de deshonra comprende no puede buscar el Perdón, ni confiar en él. Pero me temo que le has dejado avanzar demasiado en la escuela del Enemigo, y que sabe que la desesperación es un pecado más grave que cualquiera de los que la producen.

En cuanto a la técnica real de la tentación a la cobardía, no hace falta decir mucho. Lo fundamental es que las precauciones tiendan a aumentar el miedo. Las precauciones públicamente impuestas a tu paciente, sin embargo, pronto se convierten en una cuestión rutinaria, y ese efecto desaparece. Lo que debes hacer es mantener dando vueltas por su cabeza (al lado de la intención consciente de cumplir con su deber) la vaga idea de todo lo que puede hacer o no hacer, *dentro* del marco de su deber, que parece darle un poco más de seguridad. Desvía su pensamiento de la simple regla ('Tengo que permanecer aquí y hacer tal y cual cosa') a una serie de hipótesis imaginarias ('Si ocurriese A –aunque espero que no podría hacer B, y en el peor de los casos, podría hacer C'). Si nos las reconoce como tales, se le pueden inculcar supersticiones. La cuestión es hacer que no deje de tener la sensación de que, aparte del Enemigo y del valor que el Enemigo le infunde, tiene *algo a lo que recurrir*,

de forma que lo que había de ser una entrega total al deber, se vea totalmente minado por pequeñas *reservas* inconscientes. Fabricando una serie de cursos imaginarios para impedir 'lo peor', desprovocar, a ese nivel de su voluntad del que no es consciente, la decisión de que no ocurrirá 'lo peor'. Luego, en el momento de verdadero terror, metérselo en los nervios y los músculos y puedes conseguir que cometa el acto fatal antes de que sepa qué te propones. Porque, recuérdalo, el *acto* de cobardía es el único que importa; la emoción del miedo no es en sí, un pecado, y, aunque disfrutamos de ella, no nos sirve para nada.

XXX. EE 321: SERÁ PRESTO CONSOLADO. En el ataque aéreo estuvo asustado y se cree un cobarde: no siente ningún orgullo, pero ha hecho todo lo que su deber le exigía. Los peligros del cansancio humilde y amable es cuando han perdido la esperanza de descansar. Por tanto, hay que alimentarle falsas esperanzas. Lo que hay que evitar es la entrega absoluta: que sólo esté dispuesto a soportar "por un tiempo razonable" y que este tiempo sea corto. El ataque desde las emociones: que cuando vea una atrocidad, hacerle sentir que así es "como realmente es el mundo" y que toda su religión ha sido una fantasía. Confusión con la palabra "real" (sólo lo 'físico') (v.c. en el parto, el dolor y la sangre son reales, y la alegría un mero punto de vista subjetiva).

A veces me pregunto si te crees que has sido enviado al mundo para tu propia diversión. Colijo, no de tu miserablemente insuficiente informe, sino del de la Policía Infernal, que el comportamiento del paciente durante el primer ataque aéreo ha sido el peor posible. Estuvo muy asustado y se cree un gran cobarde, y por tanto no siente ningún orgullo; pero ha hecho todo lo que puedes mostrar en tu haber es un arranque de mal genio contra un perro que le hizo tropezar, un número algo excesivo de cigarrillos fumados, y haber olvidado una oración. ¿De qué sirve que te me lamentes de tus dificultades? Si estás actuando de acuerdo con la idea de 'justicia' del Enemigo e insinuando que tus posibilidades y tus intenciones debieran tenerse en cuenta, entonces no estoy muy seguro de que no te estés haciendo merecedor de una acusación de herejía. En cualquier caso, pronto verás que la justicia del Infierno es puramente realista, y que sólo le interesan los resultados. Tráenos alimento, o sé tú mismo alimento.

El único pasaje constructivo de tu carta es aquel donde dices que todavía esperas buenos resultados de la fatiga del paciente. Eso está bastante bien. Pero no te caerá en las manos. La fatiga *puede* producir una extremada amabilidad, y paz de espíritu, e incluso algo parecido a la visión. Si has visto con frecuencia a hombres empujados por ella a la irritación, la malicia y la impaciencia, eso es porque esos hombres tenían tentadores eficientes. Lo paradójico es que una fatiga moderada es mejor terreno para el malhumor que el agotamiento absoluto. Esto depende en parte de causas físicas, pero en parte de algo más. No es simplemente la fatiga como tal la que produce la irritación, sino las exigencias inesperadas a un hombre ya cansado. Sea lo que sea lo que esperen, los hombres pronto llegan a pensar que tienen derecho a ello: el sentimiento de decepción puede ser convertido, con muy poca habilidad de nuestra parte, en un sentimiento de agravio. Los peligros del cansancio humilde y amable comienzan cuando los hombres se han rendido a lo irremediable, una vez que han perdido la esperanza de descansar y han dejado de pensar hasta en la media hora siguiente. Para conseguir los mejores resultados posibles de la fatiga del paciente, por tanto, debes alimentarle con falsas esperanzas. Métele en la cabeza razones plausibles para creer que el ataque aéreo no se repetirá. Haz que se reconforte pensando cuánto disfrutará de la cama la próxima noche. Exagera el cansancio, haciéndole creer que pronto habrá pasado, porque los hombres suelen sentir que no habrían podido soportar por más tiempo un esfuerzo en el momento preciso en que se está acabando, o cuando creen que se está acabando. En esto, como en el problema de

la cobardía, lo que hay que evitar es la entrega absoluta. Diga lo que *diga*, haz que su íntima decisión no sea soportar lo que le caiga, sino soportarlo ‘por un tiempo razonable’; y haz que el tiempo razonable sea más corto de lo que sea probable que vaya a durar la prueba. No hace falta que sea *mucho* más corto; en los ataques contra la paciencia, la castidad y la fortaleza, lo divertido es hacer que el hombre se rinda justo cuando (si lo hubiese sabido) el alivio estaba casi a la vista.

No sé si es probable o no que se vea con la chica en situaciones de apuro. Si la ve, utiliza a fondo el hecho de que, hasta cierto punto, la fatiga hace que las mujeres hablen más y que los hombres hablen menos. De ahí puede suscitarse mucho resentimiento secreto, hasta entre enamorados.

Probablemente, las escenas que está presenciando ahora no suministrarán material para llevar a cabo un ataque *intelectual* contra su fe; tus fracasos precedentes han puesto eso fuera de tu poder. Pero hay una clase de ataque a las emociones que todavía puede intentarse. Consiste en hacerle *sentir*, cuando vea por primera vez restos humanos pegados a una pared que así es ‘como realmente el mundo’, y que toda su religión ha sido una fantasía. Te habrás dado cuenta de que les tenemos completamente obnubilados en cuanto al significado de la palabra ‘real’. Se dicen entre sí, acerca de alguna gran experiencia espiritual: ‘Todo lo que *realmente* sucedió es que oíste un poco de música en un edificio iluminado’; aquí ‘real’ significa los hechos físicos desnudos, separados de los demás elementos de la experiencia que, efectivamente, tuvieron. Por otra parte, también dirán: ‘Está muy bien hablar de ese salto desde un trampolín alto, ahí sentado en un sillón, pero espera estar allá arriba y verás lo que es *realmente*’; aquí ‘real’ se utiliza en el sentido opuesto, para referirse no a los hechos físicos (que ya conocen, mientras discuten la cuestión sentados en sillones), sino al efecto emocional que estos hechos tienen en una conciencia humana. Cualquiera de estas acepciones de la palabra podría ser defendida; pero nuestra misión consiste en mantener las dos funcionando al mismo tiempo, de forma que el valor emocional de la palabra ‘real’ pueda colocarse ahora a un lado, ahora al otro, de la cuenta, según nos convenga. La regla general que ya hemos establecido bastante bien entre ellos es que en todas las experiencias que pueden hacerles mejores o más felices sólo los hechos físicos son ‘reales’, mientras que los elementos espirituales son ‘subjetivos’; en todas las experiencias que pueden desanimarles o corromperles, los elementos espirituales son la realidad fundamental, e ignorarlos es ser un escapista. Así, en el alumbramiento la sangre y el dolor son ‘reales’, y la alegría un mero punto de vista subjetivo; en la muerte, el terror y la fealdad revelan lo que la muerte ‘significa realmente’. La odiosidad de una persona odiada es ‘real’: en el odio se ve a los hombres tal como son, se está desilusionando; pero el encanto de una persona amada es meramente una neblina subjetiva que oculta un fondo ‘real’ de apetencia sexual o de asociación económica. Las guerras y la pobreza son ‘realmente’ horribles; la paz y la abundancia son meros hechos físicos acerca de los cuales resulta que los hombres tienen ciertos sentimientos. Las criaturas siempre están acusándose mutuamente de querer ‘comerse el pastel y tenerlo’; pero gracias a nuestra labor están más a menudo en la difícil situación de pagar el pastel y no comérselo. Tu paciente, adecuadamente manipulado, no tendrá ninguna dificultad en considerar su emoción ante el espectáculo de unas entrañas humanas como una revelación de la realidad y su emoción ante la visión de unos niños felices o de un día radiante como mero sentimiento.

XXXI.

Los milagros. Ediciones Encuentro. Madrid 2009.

Se admite comúnmente que la razón e incluso los sentimientos y aún la vida misma son aparecidos de última hora en la Naturaleza. Si no existe nada más que la Naturaleza, se desprende que la razón tiene que haber llegado por un proceso histórico. Y, por supuesto, para el Naturalista este proceso no fue programado para producir una conducta mental capaz de descubrir la verdad. No hubo Programador; y es claro que hasta que no hubo sujetos pensantes, no hubo tampoco verdad o falsedad. La forma de conducta mental que ahora llamamos pensamiento racional o inferencias tiene, por consiguiente, que haber ido “evolucionando” por una selección natural, por una poda gradual de los individuos menos aptos para sobrevivir.

Por consiguiente, hubo tiempos en que nuestros pensamientos no eran racionales. Es decir, hubo tiempos en que todos nuestros pensamientos eran –como muchos de nuestros pensamientos todavía lo son- meros sucesos subjetivos, no aprehensiones de verdades objetivas. Los que tenían una causa externa a nosotros mismos eran (lo mismo que el dolor) respuestas a estímulos. Ahora bien, la selección natural pudo solamente actuar por eliminación de las respuestas que fueron biológicamente perjudiciales, y multiplicación de aquéllas que tendían a la supervivencia. No es concebible que ningún perfeccionamiento de las respuestas las pudiera convertir en actos de penetración, ni siquiera que remotamente intentara hacerlo así. La relación entre la respuesta y el estímulo es absolutamente distinta de la relación entre conocimiento y verdad conocida. Nuestra visión física es una respuesta a la luz mucho más útil que la de los organismos más elementales, que sólo poseen una porción fotosensitiva. Pero ni esta ventaja ni ningún otro progreso que podamos suponer acercan un milímetro el hecho de que se dé conocimiento de la luz. Se requiere algo más sin lo cual nunca habríamos llegado a este conocimiento. Pero al conocimiento se llega por experiencias y por las deducciones que de ellas se extraen, no por el perfeccionamiento de las respuestas. No son los hombres de mejor vista los que más saben de la luz, sino los que han estudiado la ciencia pertinente. Del mismo modo, nuestras respuestas psicológicas a nuestro medio ambiente (nuestras curiosidades, aversiones, placeres, ilusiones) pueden mejorar indefinidamente (en el plano biológico) sin que lleguen a ser nada más que respuestas. Tal perfección de las respuestas no racionales, lejos de contribuir a su transformación en deducciones o inferencias válidas, deberían ser concebidas como un método diferente de obtener la supervivencia, como una alternativa de la razón. Un condicionamiento que garantizara que nunca hubiéramos de sentir placer excepto en aquello que nos fuera útil ni aversión más que ante lo peligroso, y que el grado de ambos sentimientos fuera minuciosamente proporcional al grado de utilidad o de peligro reales en el objeto, nos serviría tanto como la razón y mejor aún que ella en muchas circunstancias.

Sin embargo, además de la selección natural se da también la experiencia que originariamente es individual, pero es además transmitida por tradición e información. Se podría pensar que la experiencia, a lo largo de los milenios, era la que habría hecho aparecer ese comportamiento mental que llamamos razón –dicho de otro modo, capacidad de deducción- extrayéndolo de una conducta mental que fue no racional originariamente. Experiencias repetidas de encontrar fuego (o residuos de fuego) donde había visto humo, condicionarían al hombre a suponer que encontraría fuego donde quiera que viera humo. Esta suposición, expresada en la forma “Si humo, entonces fuego” se convierte en lo que llamamos inferencia o deducción. ¿Se han originado así todas nuestras inferencias?

... La suposición de que cosas que han estado vinculadas en el pasado siempre estarán vinculadas en el futuro es el principal rector, no del comportamiento racional, sino del animal.

La razón entra en juego precisamente cuando se hace la inferencia: “Supuesto que siempre han estado vinculadas, por tanto probablemente seguirán vinculadas” y prosigue para tratar de descubrir la vinculación. Cuando descubrimos lo que el humo, entonces somos capaces de substituir la mera suposición del fuego por una genuina inferencia. Hasta que esta deducción se efectúa, la razón reconoce la suposición como una mera suposición. Cuando esta suposición no es necesaria –es decir, cuando la diferencia depende de un axioma- ya no apelamos en absoluto a las experiencias pasadas. Mi creencia de que dos cosas iguales a una tercera son iguales entre sí, no se basa en absoluto en el hecho de que yo no he sorprendido a las cosas comportándose de otra manera. Simplemente veo que “tiene” que ser así... (pp 32-35)

Queda todavía una postura más humilde. Se puede, si se prefiere, renunciar a la posesión de la verdad. Si puede simplemente decir: “Nuestra manera de pensar es útil”, sin añadir, ni siquiera para su interior, “y por tanto verdadera”. Nos capacita para arreglar un hueso dislocado, construir un puente y fabricar un ‘Sputnik’.... No más teología, ni ontología ni metafísica.

Pero entonces de igual modo, no más Naturalismo. Porque, por supuesto, el Naturalismo es un primer espécimen de esta torre de especulación descubierta desde la práctica para remontarse muy por encima de la experiencia, que acaba de ser condenada. La Naturaleza no es un objeto que pueda ser presentado a los sentidos o a la imaginación. Sólo se puede alcanzar por las más remotas inferencias. O mejor, no se puede alcanzar, sólo podemos aproximarnos. La Naturaleza es la unificación en un sistema único cerrado en sí mismo de todas las cosas deducidas de nuestros experimentos científicos. Más todavía, el Naturalista, no contento con establecer todo esto, continúa adelante con el barrido general de una afirmación negativa: “No hay nada más que esto”. Una aserción ciertamente tan remota de la práctica, la experiencia y de cualquier comprobación imaginable, como jamás se ha hecho desde que el hombre empezó a usar la razón especulativamente. Desde esta visión, el primerísimo paso hacia este uso es un abuso, es la perversión de una facultad exclusivamente práctica y el origen de todas las quimeras.

En estos supuestos, la posición del teísta puede ser una quimera casi tan exacerbada como la del Naturalista... Para él la razón –la razón de Dios- es más antigua que la Naturaleza, y de aquí proviene la ordenación de la Naturaleza, de donde se deriva nuestra capacidad de conocerla. Para él, la mente humana es iluminada en el acto de conocer por la razón Divina. Queda plenamente libre, en la medida necesaria, de la tremenda atadura de la causación no racional; y, por eso, libre para ser guiada por la verdad conocida. Y los procesos preliminares interiores a la Naturaleza que conducen a esta liberación, si existieran, estarían concebidos y programados para realizar esa misión.

Llamar al acto de conocer “sobrenatural” –al acto, no de recordar que algo fue así en el pasado, sino de “ver” que tiene que ser así siempre y eso en cualquier mundo posible- llamar ese acto sobrenatural es violentar nuestro uso lingüístico ordinario. Por supuesto que al decir “sobrenatural” no queremos expresar que sea fantasmagórico o sensacional, ni siquiera “espiritual” en cualquiera de los sentidos religiosos. Sólo queremos significar que este acto “no encaja dentro”; que este acto, para ser lo que pretende ser –y si no lo es, todo nuestro pensamiento queda desacreditado- no puede ser simplemente la manifestación en un determinado lugar y tiempo de ese sistema de acontecimiento total y en gran parte carente de sentido que llamamos “Naturaleza”. El acto de conocimiento tiene que saltar suficientemente libre de esa cadena universal para poder ser determinado por aquello que conoce.

... La razón se presenta antes que la Naturaleza, y de la razón depende nuestro concepto de Naturaleza. Nuestros actos de inferencia son anteriores a nuestra imagen de naturaleza, casi como el teléfono es anterior a la voz del amigo que oímos por él... (pp 37-40)

... El conocimiento de una cosa no es una parte de esa cosa. En este sentido, algo más allá de la Naturaleza opera cuando quiera que razonamos. No digo que la consciencia esté necesariamente toda ella en la misma situación. Placeres, dolores, temores, esperanzas, afectos e imágenes mentales no tienen por qué estarlo. Ningún absurdo se seguiría por considerar todo esto como parte de la Naturaleza. La distinción que tenemos que hacer no es entre “mente” y “materia”, mucho menos entre “alma” y “cuerpo” (cuatro palabras difíciles), sino entre Razón y Naturaleza: la frontera se sitúa no donde empieza lo que en el lenguaje vulgar llamaríamos “yo mismo”, sino entre la razón y todas la masa de eventos no racionales, sean físicos o psicológicos.

En esta frontera encontramos gran densidad de tráfico, pero es tráfico de una sola dirección. Es algo que forma parte de nuestra experiencia cotidiana el ver cómo los pensamientos racionales nos inducen y nos capacitan para alterar el curso de la Naturaleza. de la naturaleza física cuando utilizamos las matemáticas para construir un puente, de la naturaleza psicológica cuando aplicamos argumentos para alterar nuestras emociones. Solemos tener éxito con más frecuencia y más completamente al modificar la naturaleza física que al modificar la psicológica, pero algo conseguimos en los os campos. Por otra parte, la Naturaleza es impotente por completo para producir pensamiento racional... Cuando la Naturaleza intenta (por así decirlo) interferir en los pensamientos racionales sólo logra matarlos. Este es el peculiar estado de cosas en la frontera. La Naturaleza sólo puede penetrar en la razón para matar; en cambio, la Razón puede invadir a la Naturaleza para coger prisioneros e incluso para colonizar. Cada uno de los objetos que usted ve delante en este preciso momento –las paredes, el techo, los muebles, el libro...- son testigos de esta colonización de la Naturaleza por la Razón; porque ninguna de estas cosas estaría en el presente estado si la Naturaleza hubiera seguido su camino. Y si usted está atendiendo a mi argumentación tan de cerca como espero, esta atención también proviene de hábitos que la Razón ha impuesto al vagar natural de la consciencia. Por otra parte, si un dolor de muelas o una ansiedad está en este preciso momento impidiéndole a usted atender, entonces la Naturaleza está interfiriendo con su consciencia; pero no para producir alguna nueva variedad de razonamiento, sino sólo (en la medida que puede) para suspender la Razón por completo. En otras palabras, la relación entre Razón y Naturaleza es lo que algunos llaman una Relación Asimétrica. Fraternidad es una relación simétrica, porque si A es hermano de B, B es hermano de A. Paternidad-filiación es relación asimétrica, porque si A es padre de B, B *no* es padre de A; la relación entre Razón y Naturaleza es de este género. La Razón no se relaciona con la Naturaleza como la Naturaleza se relaciona con la Razón. (pp 43-46)

... La razón de un hombre ha sido conducida a ver cosas conducidas por la ayuda de la razón e otro hombre, y no es por eso de inferior calidad. Todavía queda abierta una cuestión: si la razón e cada hombre existe absolutamente de por sí, o si es el resultado de alguna causa racional; de hecho de alguna otra Razón. Esta otra Razón podría encontrarse que depende de una tercera, y así sucesivamente, no importa lo lejos que este proceso se prolongue, con tal de que encontremos que la Razón proviene de la Razón en cada uno de los pasos. Sólo cuando se nos pida que creamos que la Razón proviene de la no razón es cuando tenemos que gritar ¡Alto!, porque si no lo hacemos todo pensamiento queda desacreditado. Es, por tanto, evidente que antes o después tenemos que admitir una Razón que existe absolutamente por sí misma. El problema es si usted o yo podemos ser la tal Razón existente por sí misma.

La cuestión casi se autocorresponde en el momento que recordemos lo que significa la existencia “por sí misma”. Significa ese género de existencia que el Naturalista atribuye al “espectáculo total” y el Sobrenaturalista atribuye a Dios... es claro que mi Razón ha ido creciendo gradualmente desde mi nacimiento y queda interrumpida durante algunas horas

cada noche. Yo, por consiguiente, no puedo ser la Razón eterna existente por sí misma que ni duerme ni dormita. Y si algún pensamiento es válido, tal Razón tiene que existir y tiene que ser la fuente de mi racionalidad imperfecta e intermitente. Por consiguiente, las mentes humanas no son las únicas entidades sobrenaturales que existen. Proviene de alguna parte. Cada una he entrado en la Naturaleza desde la Sobrenaturaleza; cada una tiene su espíritu radical de un Ser eterno racional existente por sí mismo, a quien llamamos Dios. Cada una es un disparo o punta de lanza o incursión de esta realidad Sobrenatural en la Naturaleza.

... El razonamiento no es algo que “ocurre” en nosotros; nosotros lo *producimos*. Cada cadena de pensamientos va acompañada por lo que Kant llamó “*el yo pensante*”. La doctrina tradicional de que yo soy una criatura a quien Dios ha dado la razón pero que es distinta de Dios, me parece mucho más filosófica que la teoría de que lo que parece ser mi pensamiento es Dios pensando a través de mí... (pp 47-49)

... ya conocemos que Dios y Naturaleza han llegado a una cierta relación. Tienen como mínimo una relación –al menos en cierto sentido una frontera común- en cada mente humana. Las relaciones que surgen en esta frontera son, ciertamente, de una especie peculiar y complicada. Esa punta de lanza del Sobrenatural que llamo “mi razón” se entreteje con cada uno de mis elementos naturales –mis sensaciones, emociones y todo lo demás- tan completamente que denomino a ese entramado con una sola palabra: “yo”. Además queda lo que he llamado el carácter asimétrico de las relaciones fronterizas. Cuando el estado físico de mi cerebro domina a mi pensamiento, sólo produce desorden. En cambio, mi cerebro no se deteriora cuando es dominado por la razón, ni tampoco se deterioran mis emociones y sensaciones. La Razón salva y fortifica todo mi sistema psicológico y físico, mientras que la rebeldía contra la Razón destruye ambas cosas, la Razón y a sí mismo... La Razón sobrenatural entra en mi ser natural no como un arma, sino más bien como un rayo de luz que ilumina, o como un principio de organización que unifica y desarrolla...

Crear que la Naturaleza produjo a Dios, o incluso a la mente humana, es absurdo como acabamos de ver. Creer que Dios y la Naturaleza son independientemente existentes por sí mismos es imposible, al menos, el intentarlo me incapacita por completo a decir que yo estoy pensando nada de nada. Es cierto que el Dualismo tiene un cierto atractivo teológico: parece hacer más fácil el problema del mal. Pero si, de hecho, no podemos llevar el Dualismo hasta el final, esta atractiva promesa no se puede mantener; y además pienso que hay soluciones mejores al problema del mal. Queda, por consiguiente, la única respuesta de que Dios creó la Naturaleza... (pp 53-55)

... cuando el hombre razona sobre cuestiones de hecho, suele indicar juicios morales: “Yo debería hacer esto”, “yo no debería hacer lo otro”, “esto está bien”, “esto está mal”.

Dos visiones se han mantenido sobre el juicio moral. Algunos piensan que cuando los hacemos, no usamos la Razón, sino que utilizamos un poder diferente. Otros opinan que los hacemos mediante la Razón. Yo, por mi parte, mantengo esta segunda postura; es decir, creo que los principios morales primarios, de los que todos los demás dependen, son descubiertos racionalmente... (p 60)

... Si hemos de continuar haciendo juicios morales (y digamos lo que digamos de hecho continuamos haciéndolos), tendremos que creer que la conciencia del hombre no es un mero producto de la Naturaleza. sólo pueden ser válidos si son un reflejo de alguna sabiduría moral absoluta, una sabiduría moral que existe absolutamente “por sí misma” y no un producto de la no moral y lo no racional Naturaleza... (por tanto, hay que) reconocer una fuente supranatural de nuestras ideas de bien y de mal... (p 66)

... Decir milagro no es decir contradicción o ultraje a la Naturaleza; sólo significa que, limitada a sus propios recursos, no lo hubiera podido producir. (p 104)

... Los que defendemos el Cristianismo nos encontramos constantemente con la oposición no de la irreligión de nuestros interlocutores, sino con su religión real. Hablemos de la belleza, la verdad y la bondad, o de Dios que es meramente el principio inhabitante en estas tres cualidades; hablemos de la gran fuerza espiritual que impregna todas las cosas, de la gran inteligencia común de la cual todos nosotros somos parte, de un estanque de espiritualidad absoluta en la que todos podemos anegarnos; y encontraremos un propicio interés amistoso. Pero la temperatura desciende en cuanto mencionamos a un Dios que tiene proyectos y realiza acciones concretas, que hace una cosa y no otra, un Dios concreto, que decide, que manda, que prohíbe, con unas características determinadas. La gente se siente embarazada y molesta. Tal concepción les parece primitiva, cruda e incluso irreverente. La “religión” generalizada excluye los milagros porque excluye al “Dios vivo” del Cristianismo y cree en su lugar en una especie de Dios que evidentemente no haría milagros y, por supuesto, ninguna otra cosa. Esta “religión” generalizada se puede denominar poco más o menos Panteísmo...

... Y supuesto que, desde la visión moderna, la fase final de cualquier cosa es siempre la más refinada y civilizada, esta “religión” se presenta como creencia más espiritual y más iluminada que el Cristianismo.

Ahora bien, esta supuesta historia de la religión no es verdadera. El Panteísmo ciertamente (como sus defensores dirían), es connatural a la mente moderna... El Panteísmo es connatural a nuestras mentes, no porque sea la fase final en un largo proceso de iluminación, sino porque es casi tan viejo como el hombre. Puede que incluso sea la más antigua de todas las religiones y el “*orenda*” de una tribu salvaje lo han interpretado algunos como un “espíritu que todo lo impregna”. Es inmemorial en la India. Los griegos lo superaron sólo al llegar a la cumbre con el pensamiento de Platón y Aristóteles; sus sucesores recayeron en el gran sistema panteísta de los estoicos. La Europa moderna se libró de él sólo mientras permaneció predominantemente cristiana; volvió con Giordano Bruno y Spinoza. Con Hegel se convirtió casi en la filosofía admitida en los ambientes altamente cultos... Lejos de ser el refinamiento religioso final, el panteísmo es de hecho la constante curva descendente natural de la mente humana; el permanente nivel ordinario por debajo del cual el hombre a veces naufraga bajo la influencia de hechicerías y supersticiones; pero sobre el cual sus propios esfuerzos sin otra ayuda no son capaces de remontar nunca al hombre, sino después de mucho tiempo. Platonismo, Judaísmo y Cristianismo (que ha incorporado a ambos) han demostrado que son las únicas fuerzas capaces de resistirlo. Panteísmo es la actitud en la que cae automáticamente la mente humana cuando se abandona a sí misma. Nada tiene de extraño que lo consideremos connatural. Si “religión” significa simplemente lo que el hombre dice de Dios, y no lo que Dios hace con el hombre, el Panteísmo “es” casi religión. Y “religión” en este sentido se enfrenta a la larga con sólo un formidable oponente: el Cristianismo... por una extraña ironía, cada nueva recaída en esta “religión” inmemorial es aclamada como la última palabra de la novedad y la emancipación. ((pp 133-137)

Se malinterpreta frecuentemente el verdadero estado de la cuestión, porque se compara el conocimiento que un adulto puede tener de Panteísmo con el conocimiento del Cristianismo adquirido en la infancia. Así se obtiene la impresión de que el cristianismo ofrece la explicación “elemental” de Dios, la que es demasiado simple para ser verdad, mientras que el Panteísmo ofrece algo sublime y misterioso. La realidad es exactamente lo contrario. La aparente profundidad del Panteísmo vela débilmente un conglomerado de espontáneo pensamiento-imagen y debe a este hecho precisamente su aceptación. Panteísmo y Cristianismo coinciden en que Dios está presente en todos sitios. El Panteísmo concluye que

Él está “difundido” o “latente” en todas las cosas, y por tanto, es un medio universal más que una entidad concreta, porque las mentes están de hecho dominadas por la imagen de un gas o fluido del mismo espacio. Los cristianos, por su parte, eliminan tales imágenes, manteniendo que Dios está totalmente presente en cada punto del espacio y del tiempo y “localmente” presente en ninguno. También panteístas y cristianos coinciden en que todos somos dependientes de Dios e íntimamente referidos a Él. Pero el cristiano define esta relación en términos de Creador y criatura, mientras que el panteísta (al menos el común y popular) dice que somos partes de Él o que somos contenidos en Él. Una vez más, la imagen de algo inmenso extendido que puede dividirse en áreas ha hecho su aparición. Por causa de esta imagen fatal, el Panteísmo concluye que Dios debe estar igualmente presente en lo que nosotros llamamos mal y en lo que llamamos bien y, por tanto, es indiferente a ambos, como el éter interpreta imparcialmente lo mismo el barro que el mármol. El cristiano ha de responder que esto es excesivamente simple; Dios se presencia en una inmensa variedad de modos; no está presente en la materia como lo está en el hombre, no en todos los hombres lo está lo mismo; ni presente en ninguno como lo está en Jesús. Panteísmo y Cristianismo coinciden en que Dios es superpersonal. El cristiano expresa con esto que en Dios se da una determinada estructura que nunca habríamos podido sospechar por nuestra cuenta, lo mismo que el conocimiento de un cuadrilátero no nos habría capacitado para adivinar el cubo. Dios contiene tres “personas” y permanece un solo Dios, como un cubo contiene seis cuadriláteros y permanece un cuerpo sólido... El Panteísmo por su parte, aunque diga “super personal”, realmente concibe a Dios en unos términos que lo hacen infrapersonal; como si un ser bidimensional pensara que un cubo tiene “menos” dimensiones que un cuadrilátero...

... El Cristianismo se ve obligado a introducir la concepción de algo que tiene una peculiar, concreta y profundamente articulada manera de ser, en lugar de las amorfas generalidades en las que el Panteísmo se reclina cómodamente. (pp 138-140)

... Si alguna cosa ha de existir alguna vez, entonces la Cosa Originante tiene que ser no un principio ni una generalización, mucho menos un “ideal” o un “valor”, sino un hecho tremendamente concreto. (p 143)

... Los grandes Profetas y Santos tienen una intuición de Dios que es positiva y concreta en el más alto grado. Precisamente porque al tocar la orla de su Ser, han visto que Él es plenitud de vida, energía y gozo, por eso mismo (y no por otra razón), tienen que proclamar que trasciende esas limitaciones que nosotros llamamos personalidad, pasión, cambio, materialidad, etc. La positiva cualidad de Él es, que repele todas esas limitaciones, es la única base que sustenta todas esas negaciones (infinito, inmaterial, impasible, inmutable, etc.) y las usamos sin confrontarlas con ninguna intuición positiva. A cada paso tenemos que arrancar de nuestra idea de Dios alguna cualidad humana. Pero la sola razón real para arrancar las cualidades humanas es la de hacer hueco para poner en su lugar algún atributo divino positivo. Expresado en lenguaje paulino, la finalidad de todo este desvestimiento no es que nuestra idea de Dios alcance la desnudez total, sino que sea revestida. Pero, desgraciadamente, no tenemos medios de revestirla. Cuando por fin desgajamos de nuestra idea de Dios alguna de las pobres características humanas, nosotros (como meros eruditos o inteligentes investigadores) no tenemos recursos a los que acudir para introducir ese cegadoramente real y concreto atributo de la Deidad que tendría que sustituirlo. Así, en cada paso en el proceso de depuración, nuestra idea de Dios tiene menos contenido hasta que aparecen las imágenes lamentables de un interminable mar silencioso, un cielo vacío más allá de todas las estrellas, una cúpula de blanco resplandor, hasta alcanzar al final el cero absoluto, y venerar a una no entidad. Y la intelección, dejada a sus propias fuerzas, difícilmente puede evitar el seguir este camino. Por eso, la cristiana afirmación de que sólo el que hace la

voluntad del Padre puede llegar a conocer la verdad, es filosóficamente exacta. La imaginación puede ayudar un poco; pero es en la vida moral y todavía más, en la vida de devoción, donde tocamos algo concreto que comienza al instante a rectificar el creciente vacío de nuestra idea de Dios. Un solo momento de débil contrición o de brumosa acción de gracias nos encamina, al menos en un cierto grado, fuera de este abismo de abstracción.

Es solamente nuestra misma razón la que nos enseña a no apoyarnos en la razón en esta materia. Porque nuestra razón sabe que no puede trabajar sin materiales. Cuando se ve con claridad que no podemos descubrir razonando si el gato se ha metido en el armario de la ropa, es la misma razón la que nos susurra: “Ve a mirar; esto no es asunto mío; es cuestión de los sentidos”. Del mismo modo, los materiales para corregir nuestra abstracta concepción de Dios no puede ofrecerlas la razón; ella será la primera en decirnos que vayamos a intentarlo por el camino de la experiencia: “¡Oh, gustad y ved!”, porque es claro que la razón ya habrá comprobado que sea situación es absurda ...

“Un Espíritu y una Visión”, dijo Blake, “no son, como supone la moderna filosofía, un vapor nuboso o la nada. Son organizados y minuciosamente articulados mucho más de lo que la naturaleza normal y perecedera puede producir”. Está hablando solamente de cómo pintar cuadros de apariciones que bien pueden ser ilusorias; pero sus palabras sugieren una verdad válida también en la esfera metafísica. Dios es el Acto básico o la básica Actualidad, la fuente de todo lo fáctico. Por consiguiente, a toda costa hemos de evitar pensarlo como una generalización sin rasgos característicos. Si Dios existe, es la cosa más concreta que existe, el más individual, “organizado minuciosamente articulado”. Dios es indecible no por ser indefinido, sino por ser demasiado definido para la inevitable vaguedad del lenguaje. Las palabras “incorporal” e “impersonal” son equívocas, porque sugieren que Dios carece de una realidad que nosotros poseemos. Sería más seguro llamarle “transcorporal”, o “transpersonal”. Cuerpo y personalidad como nosotros los conocemos son en realidad negativos; son el residuo del ser positivo cuando éste queda lo suficientemente diluido como para presentarse en formas temporales o finitas. Incluso nuestra sexualidad debería considerarse como una transposición en clave menor del gozo creativo que en Dios es incesante y como irresistible. Gramaticalmente, las cosas que decimos de Dios son “metafóricas”; pero en un sentido más profundo, son nuestras energías físicas y psíquicas las que son pobres “metáforas” de la Vida auténtica que es Dios... (pp 147-150)

... la razón por la que en Dios no se dan pasiones es porque éstas implican pasividad e intermitencia. La pasión del amor es algo que nos ocurre, como mojarse con la lluvia es algo que le ocurre al cuerpo; y Dios está exento de esta “pasión”, de igual modo que el agua está exenta de mojarse. Dios no puede ser afectado por el amor, porque Él “es” amor. El imaginar este amor como algo menos torrencial o menos aguado que nuestras advenedizas y derivadas “pasiones” es la más desastrosa de las fantasías. (p 152)

... La quietud en que los místicos se aproximan a Dios es tensa y alerta, en el polo opuesto a la dormición o el ensueño. Se van asemejando a Él. Los silencios en el mundo material se realizan en espacios vacíos; pero la Paz última es silenciosa a través de la misma densidad de vida. El decir es absorbido en el ser. No hay movimiento porque la acción de Dios (que es Él mismo) carece de tiempo. ... (p 153)

Los hombres nos resistimos a pasar desde una noción de abstracta y negativa deidad a la del Dios vivo. No es extraño. Aquí se inserta la raíz más profunda del Panteísmo y su objeción a la imagen, no porque lo representa como hombre, sino porque lo representa como rey, o incluso como guerrero. El Dios panteísta no hace nada ni exige nada. Está ahí si lo buscamos, como un libro en una estantería. No interpelará... el trauma nos sacude en el preciso momento

en que la emoción de la “vida” se nos comunica a través de la pista que hemos ido siguiendo. Siempre sorprende encontrarse con vida cuando pensábamos estar solos. “¡Cuidado!”, gritamos, “está vivo”. Y, por consiguiente, este es el momento preciso en el que muchos se retiran. Yo mismo hubiera hecho igual, si hubiera podido, y no hubiera podido, y no hubiera proseguido adelante con el Cristianismo. Un “Dios impersonal”, ¡está bien! Un Dios subjetivo de belleza, verdad y honda dentro de nuestro cerebro, ¡todavía mejor! Una informe fuerza vital surgiendo de nosotros, un inmenso poder que nos es dado acariciar, ¡lo mejor de todo! Pero el mismo Dios viviente, tirando del otro extremo de la cuerda, quizá acercándose a velocidad infinita, el cazador, el rey, el esposo... esto es una cosa muy distinta. Llega un momento en que el niño que está jugando a ladrones se detiene de repente: “¿Se oyen ‘verdaderos’ pasos en el salón?” Llega un momento en que personas que han estado chapoteando en religión (“¡El hombre en busca de Dios!”), de pronto se detienen: ¿Y si realmente lo encontramos? Nunca pensamos que las cosas fueran tan lejos. Peor todavía: supongamos que es Él quien nos encuentra. (pp 153-154)

... la mayoría de las religiones cuando se enfrentan cara a cara con los hechos de la Naturaleza, una de dos, o simplemente los reafirman, le dan (exactamente tal como se presentan) un prestigio transcendente o, por el contrario, simplemente los niegan y nos prometen una liberación de tales hechos y de la Naturaleza en su totalidad. Las religiones de la Naturaleza siguen la primera línea; santifican la agricultura y, por supuesto, toda nuestra vida biológica. Así nos emborrachamos realmente en la adoración de Dionisos y nos unimos a mujeres reales en el templo de la diosa de la fertilidad. En el culto a la fuerza vital, que es el género de religión de la Naturaleza moderna y occidental, tomamos la dirección existente hacia el “desarrollo” o la creciente complejidad de la vida orgánica social e industrial y hacemos de ella un dios. Las religiones en contra de la Naturaleza o pesimistas que son más civilizadas y sensatas, como el Budismo o el alto Hinduismo, nos dicen que la Naturaleza es mala y engañosa, que hay que encontrar la escapatoria a su incesante cambio, a esa hoguera de luchas y deseos. Ninguna de las dos tendencias establece los hechos de la Naturaleza bajo una nueva luz. Las religiones de la Naturaleza simplemente refuerzan la visión de la Naturaleza que nosotros adoptamos espontáneamente en los momentos de salud exuberante y de alegre brutalidad; las religiones en contra de la Naturaleza hacen igual desde la óptica que adoptamos en los momentos de compasión, fastidio o pereza. La postura cristiana no hace ninguna de estas dos cosas. si alguien se aproxima al Cristianismo con la idea de que, porque Yahvéh es Dios de fertilidad, nuestra lascivia va a ser autorizada o que la Selección y Vicariedad del método de Dios nos va a excusar de imitar (como los héroes y superhombres o los parásitos sociales) los grados inferiores de Selección y Vicariedad de la Naturaleza, se sentirá aturdido y repelido por la inflexible y continua exigencia cristiana de castidad, humildad, misericordia y justicia. Por otra parte, si nos acercamos al Cristianismo considerando la muerte precedente a cada resurrección, o el hecho de la desigualdad, o nuestra dependencia de los demás y su dependencia de nosotros, como meras necesidades odiosas de un mundo perverso, y con la esperanza de ser transformados en una transparente y luminosa espiritualidad donde todas estas realidades desaparezcan y se esfumen, quedaremos igualmente decepcionados. Habremos de comprender que, en un cierto sentido, y a pesar de enormes diferencias, todo es lo mismo a lo largo del camino hacia arriba; que la desigualdad jerárquica, la necesidad de rendimiento de sí mismo, de sacrificio voluntario del propio ser en bien de otros y la aceptación agradecida y amorosa (pero avergonzada) del sacrificio de los demás para bien mío, se mantienen como en oscilación en los dominios de más allá de la Naturaleza. Por supuesto, que es sólo el amor el que realiza la diferencia: Estos mismísimos principios, que son malos en el mundo del egoísmo y de la obligación, son buenos en el mundo del amor y de la comprensión. De este modo, a medida que aceptamos esta doctrina

del mundo superior, hacemos nuevos descubrimientos acerca del mundo inferior. Es desde esta colina desde donde por primera vez entendemos el paisaje de este valle. Aquí encontramos por fin (como no podemos encontrarlo ni en las religiones de la Naturaleza, ni en las religiones en contra de la Naturaleza) la verdadera iluminación. La Naturaleza ha sido ensalzada por una luz proveniente de más allá de la Naturaleza. alguien nos está hablando que conoce más de ella de lo que puede ser conocido desde dentro de ella.

... El destino, en cambio, que el Cristianismo promete al hombre, incluye claramente la “redención” o “remodelación” de la Naturaleza que no pueden detenerse en el hombre ni incluso en este planeta. Se nos dice que la “creación entera” se encuentra en sufrimiento y que el renacer del hombre será la señal para el renacimiento de la Naturaleza. esto levanta varios problemas, cuya discusión sitúa la total doctrina de la Encarnación ante una luz más clara. (pp 195-198)

... La doctrina cristiana es más sutil: De una parte, la muerte es el triunfo de Satanás, el castigo de la caída y el último de los enemigos. Cristo lloró junto a la tumba de Lázaro y sudó sangre en Getsemaní; la Vida de las vidas que existía en Él detestó el horror de esta pena no menos que nosotros, sino más. Por otra parte, sólo aquel que pierda su vida la salvará. Somos bautizados en la muerte de Cristo y es el remedio de la caída. La muerte es, en efecto, lo que algunos modernos llamarían “ambivalente”. Es la gran arma de Satanás y también la gran arma de Dios; es santa y no santa; aquello que Cristo vino a conquistar y los medios por los cuales lo conquistó. (pp 205-206)

... Pero sólo un Hombre que no necesitara en absoluto ser hombre, a no ser que Él lo decidiera, sólo el que sirviera en nuestro triste regimiento como voluntario y, sin embargo, también el único que fuera perfectamente Hombre, pudo consumir esta perfecta muerte; y así (no tiene importancia el modo como lo expresemos), o derrota a la muerte o la redime. Gustó la muerte en beneficio de todos los demás. Él es el “Mortal” representante del universo; y por esta misma razón, la Resurrección y la Vida. O viceversa, porque Él vive verdaderamente, verdaderamente muere, porque éste es el verdadero esquema de la realidad... (pp 213-214)

CARTAS DEL DIABLO A SU SOBRINO

Clive Staples Lewis

- I.** No razonamientos sino vulgarizaciones, no la ciencia sino la ‘normalidad’ de las cosas.
- II.** Ante el recién converso, espera la etapa de decepción por la que ha de pasar. Dios los deja libres y quiere que superen la aridez haciéndose menos dependientes de la emotividad. Procurar que no adquieran la auténtica humildad.
- III.** Tácticas a seguir con el paciente: 1º: centrado en su vida interior, no en sus obligaciones elementales; 2º: que rece por el problema espiritual de su madre, pero no por su reuma; 3º: averiguar lo irritante en la prolongada convivencia y que dé por supuesto que el otro es consciente de que me irrita; 4º: que se interprete lo que digo, pero interpretar al otro desde el tono.
- IV.** LA ORACIÓN: suscitar un ‘estado de ánimo’ vagamente devoto en el que no se dé una concentración de la voluntad y la inteligencia (confundirla con la oración de silencio). Desviar la mirada de Dios y dirigirla hacia ellos mismos: suscitar *sentimientos o sensaciones* (v.c. en vez de pedir perdón, sensación de sentirse perdonados). Que en la oración se dirija a lo que

Él ha creado, no a la Persona que lo ha creado a él. Cuando confía en Su Presencia real, puede ocurrir cualquier cosa.

V. Minar la fe e impedir la formación de virtudes. Lo ‘nuestro’ es la mundanidad satisfecha. La guerra y las dificultades les llevan a atender a valores y causas más elevadas que su ‘ego’.

VI. Dirige su malicia a los vecinos y su benevolencia a los lejanos. Tres círculos: el más interior su voluntad (corazón), el siguiente la inteligencia, por último la imaginación: empujar las virtudes hacia fuera.

VII. Si los hombres no creen en nosotros, no podemos hacer brujos, pero sí materialistas y escépticos. Mitologizar la ciencia: la ‘Fuerza vital’, la adoración al sexo. Hacerlo un extremado patriota o un extremado pacifista: todos los extremos deben ser estimulados. Que la religión se convierta en meramente parte de la ‘Causa’: hacer del mundo un fin y de la fe un medio.

VIII. LA PRUEBA. Dios no puede tentar a la virtud, nosotros sí tentamos al vicio. Dios quiere que aprendan a andar.

IX. El placer sano un invento de Dios. Nosotros convencerles que se están en baja es definitivo. Si es depresivo convencerle que puede salir con sus propias fuerzas; si es esperanzado convencerlo de que no es tan baja su situación. Mantener su mente lejos de la simple antítesis entre lo Verdadero y lo Falso y quedarse en el ‘fue una fase’.

X. Importancia de los amigos ‘superficialmente intelectuales y brillantemente escépticos’. Que no se dé cuenta que este nuevo placer es una tentación. En los escritos cristianos modernos se habla mucho de Mammon y no se habla del Mundo, y a quien le da importancia es tratado de puritano. En su doble vida se le puede convencer que él es el hombre completo, y que cultivando esta nueva amistad les está haciendo bien.

XI. La risa está siempre de nuestra parte. Cuatro clases de risa. La ‘falta de humor’ como puritanismo [Mujer de Pórtugos: “¡Tiene cojones...!”] Hablar como si la virtud fuese algo cómico.

XII. LO DISTRACTIVO. No se debe permitir sospechar que está alejándose de Dios. Que no llegue a arrepentirse de un pecado concreto. Distraer con cualquier cosa.

XIII. [Ignacio y sus lecturas. Lo ‘distractivo’] ... “permitiste que leyera un libro del que realmente disfrutaba” e “ir ... a un paseo que le gusta”. Cinco minutos de dolor de muelas dan al traste de cualquier dolor romántico, y el placer real con la vanidad, la ironía, el tedio. Cuando Dios les dice que ‘pierdan su yo’ les devuelve toda su personalidad. Cuando sean completamente Suyos serán más plenamente ellos mismos. Si tiene inclinación, que escriba un libro sobre él, pero que no actúe. Mantener su piedad fuera de su voluntad: en su imaginación y sus afectos.

XIV. Regla 5ª Gaston Fessard . Y DE LA HUMILDAD A TODAS LAS VIRTUDES (EE 146) “ANDAR EN VERDAD”. “¡Caramba, estoy siendo humilde!” ... inmediatamente el orgullo aparecerá. Con la humildad quiere Dios apartar la atención del hombre de sí mismo y dirigirla hacia Él y hacia los vecinos. Dios quiere que el hombre esté contento de lo que ha hecho como si lo hubiese hecho otro.

XV. EL TIEMPO. Dios quiere que los hombres atiendan a la eternidad y al presente. En el presente, el tiempo coincide con la eternidad. Nuestra tarea alejarles de la eternidad y el presente para hacerles vivir el futuro (más que el pasado). El futuro, el corazón de la temporalidad: enciende la esperanza y el temor. Casi todos los vicios miran al futuro, la gratitud al pasado y el amor al presente. Dios quiere que miremos al futuro para planificar el presente: el deber está en el presente. Nosotros queremos un hombre atormentado por el futuro.

XVI. ROMANOS 14. Si no puedes evitar que vaya a la iglesia, que recorra toda la ciudad en busca de la que le va. La parroquia, unión de diferentes. De lo contrario se cae en el club, en la facción. Una iglesia ‘conveniente’ hace al hombre crítico, no discípulo. Dos ejemplos de párrocos: uno se ha dedicado a aguar la fe para hacerla más accesible; el otro un día es comunista y el otro fascista teocrático. Además ambas iglesias son de partido.

XVII. La gula por exquisitez, no por exceso. Servirnos del paladar para provocar quejumbrosidad, impaciencia, dureza y egocentrismo.

XVIII. LA SEXUALIDAD HUMANA. El ‘estar enamorados’ como la única base respetable del matrimonio. Si no se da, deja de ser vinculante. Para nosotros “ser” significa “ser compitiendo”. Para Dios, las cosas deben ser muchas, pero también, de algún modo, una: Amor. (Trinidad) (La familia: “serán una sola carne”). La fidelidad como algo inferior a una tempestad emocional.

XIX. ¿Qué pretende Dios con amar a los hombres? Dios se inventó el amor desinteresado. Cómo tentar: ascetismo altivo, una sexualidad deshumanizada, que el “Amor” es irresistible e intrínsecamente meritorio, adulterios ‘nobles’, románticos y trágicos, o un matrimonio útil. El *enamoramiento* una ocasión que tanto nosotros como Dios pretende explotar.

XX. CASTIDAD. Persuadirle que la castidad es poco sana. Si no puedes hacerlo licencioso puedes hacerlo que pretenda un matrimonio conveniente. La moda y permisividad de la sociedad. Orientar los deseos a algo que no existe.

XXI. Cuantas más exigencias a la vida puedas lograr que haga el paciente, más a menudo se sentirá ofendido: el mal humor. “Mi tiempo es mío”: hay que estimular el sentimiento de propiedad. ¡Que son propietarios de sus cuerpos! “Mis botas”, “mi Dios”.

XXII Dios en el fondo es un hedonista. ¿Qué hay detrás del amor desinteresado? El Cielo: música y silencio; el Infierno: ruido.

XXIII. JESÚS HISTÓRICO. Primero, según pautas liberales y humanitarias; ahora según pautas marxistas y revolucionarias: 1º) Todos esos jesuses históricos son ahistóricos; 2º) Tiene que ser ‘un gran hombre’; 3º) Destruir la vida devocional: te quedas con un líder aprobado por un partido y luego con un personaje destacado por un historiador; 4º) Nadie se ve arrastrado hacia Jesús por la mera biografía. Sólo un hecho (la Resurrección) y una doctrina (la Redención) actuando sobre el sentimiento del pecado. Cristianismo y política: hacer del cristianismo un medio para la justicia social. Pero Dios no se deja usar como instrumento.

XXIV. El Orgullo espiritual: "¡Qué distintos somos los cristianos!", mi 'grupo'. Que adopte un aire de *diversión* ante las cosas que dicen los no creyentes. Lo que importa es hacer del cristianismo una religión misteriosa en la que se sienta una de los iniciados.

XXV. Es un inconveniente que tu paciente sea *meramente* cristiano. Conviene otro planteamiento: "el cristianismo y... la Crisis, ... la Nueva Psicología. Horror a Lo Mismo de Siempre. Experimentar el cambio es siempre agradable: la absoluta novedad. Esta exigencia reduce el placer mientras aumenta el deseo (Arte, modas: distraer de los verdaderos peligros (en épocas libertinas ir contra el puritanismo). Elevar el amor al cambio, a una filosofía: carácter evolucionista e histórico del pensamiento moderno. A Dios le encantan los tópicos, que los hombres se hagan preguntas muy simples (¿es justo?, ¿es posible?). Nosotros preguntas irrelevantes porque no conocen el futuro. Hemos sustituido lo "inalterado" (descriptivo) por lo "estancado" (emocional).

XXVI. ¿Traducción?

XXVII. Cualquier cosa (incluso el pecado) que acerque a Dios nos perjudica. En Dios no hay futuro sino un Ahora ilimitado: contemplar a un hombre haciendo algo no es obligarle a hacerlo. Para que los eruditos no adquieran sabiduría, inculcarles el Punto de Vista Histórico. Ante un texto antiguo que nunca se plantee si es verdad sino quién influyó en él... cómo influyó en otros... Considerarlo como una posible fuente de conocimiento, se rechazaría como ingenuo.

XXVIII. PROSPERIDAD – MUNDO. La rutina de la adversidad, la gradual decadencia de los amores juveniles proporciona oportunidades para desgastarlo por agotamiento. Pero la prosperidad une al hombre al Mundo... 'Se siente a gusto en la Tierra. Convencer a los jóvenes que la Tierra puede convertirse en Cielo en el futuro por la Política y la Ciencia.

XXIX. Para que un hombre sea malo necesita alguna virtud, pero no hemos descubierto cómo producir ninguna virtud. En la situación de guerra coordinar el odio con el miedo. Cuanto más miedo tenga más odiará. Inculcar la cobardía provoca conocimiento de sí mismo > humildad > moral. En la paz podemos hacer que ignoren el bien y el mal. El valor, la forma de todas las virtudes en su punto de prueba, es decir, de máxima realidad. El acto de cobardía es lo que importa.

XXX. EE 321: SERÁ PRESTO CONSOLADO. En el ataque aéreo estuvo asustado y se cree un cobarde: no siente ningún orgullo, pero ha hecho todo lo que su deber le exigía. Los peligros del cansancio humilde y amable es cuando han perdido la esperanza de descansar. Por tanto, hay que alimentarle falsas esperanzas. Lo que hay que evitar es la entrega absoluta: que sólo esté dispuesto a soportar "por un tiempo razonable" y que este tiempo sea corto. El ataque desde las emociones: que cuando vea una atrocidad, hacerle sentir que así es "como realmente es el mundo" y que toda su religión ha sido una fantasía. Confusión con la palabra "real" (sólo lo 'físico') (v.c. en el parto, el dolor y la sangre son reales, y la alegría un mero punto de vista subjetiva.